

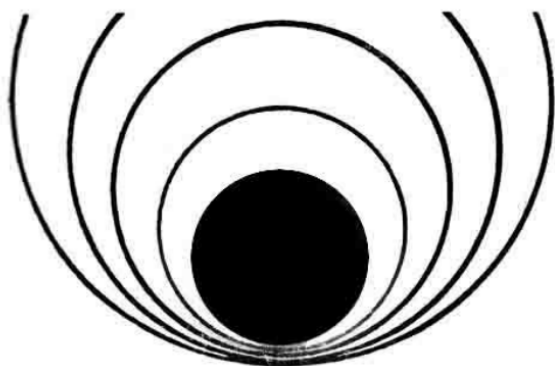
BOLSILIBROS
BRUGUERA

PUNTO
ROJO

PESCADO EN LA BAHIA

Ralph Barby





PUNTO ROJO



**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL.**

- En Colección COLORADO:
838 — La larga espera de la muerte.
- En Colección KANSAS:
734 — El comisario rebelde.
- En Colección CALIFORNIA:
881 — Buscando a un tramposo.
- En Colección BRAVO OESTE:
585 — Colt a sueldo fijo.
- En Colección SERVICIO SECRETO:
1.596 — Chantaje entre tiburones.
- En Colección SALVAJE TEXAS:
1.328 — El destino se llama idiota.
- En Colección PUNTO ROJO:
• 1.010 — Asesinar al idolo.
- En Colección ASES DEL OESTE:
647 — Los torturados de Nogan.
- En Colección BISONTE SERIE ROJA:
1.351 — La matanza del paso de Trout-Creek.
- En Colección BUFALO SERIE AZUL:
85 — Una bala para un Colt.

RALPH BARBY

PESCADO EN LA BAHIA

Colección PUNTO ROJO n.º 1.016
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02-02520-X
Depósito legal: B. 27.341-1981

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: octubre, 1981

© Ralph Barby - 1981
texto

© M. García - 1981
cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Campes y Fabrés, 5. Barcelona (España)

**Todos los personajes y entidades privadas
que aparecen en esta novela, así como las
situaciones de la misma, son fruto exclu-
sivamente de la imaginación del autor,
por lo que cualquier semejanza con per-
sonajes, entidades o hechos pasados o ac-
tuales, será simple coincidencia.**

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1981

CAPÍTULO PRIMERO

—Es muy importante lo que me está contando, pero el teléfono no es el medio más adecuado.

Terry K. Gimson notó que los cristales de sus gafas se empañaban, una oleada de calor le había subido al rostro. Se hallaba asustado pero dispuesto a seguir adelante.

—Tiene usted razón.

—Un momento. ¿Tiene pruebas?

—Sí.

—¿Seguro que son pruebas irrefutables?

Terry K. Gimson dudó un poco antes de responder. No veía nada a través de los cristales montados al aire. Había oscurecido ya y se habían encendido las farolas de iluminación nocturna. El cielo plomizo amenazaba lluvia.

Un escalofrío recorrió su espinaza, tuvo la impresión de que se había resfriado.

—Son pruebas de orden técnico pero irrefutables.

—Bien, quiero verlas cuanto antes. Estos asuntos hay que tratarlos rápidamente y con infinito cuidado, hay muchos intereses económicos de por medio.

—Seguro que hay muchos intereses, demasiados millones de dólares.

Hubo otro momento de silencio provocado por la voz ronca y lenta que había estado hablando al otro lado del hijo, pausa que fue rota al fin.

Terry K. Gimson seguía aferrado al teléfono como si se hubiera quedado soldado al mismo, como formando un todo unido.

—No será usted un loco, ¿verdad?

Rió levemente, una risa que fue sardónica e hiriente, una risa lenta y forzada.

—¿Cree usted que un loco le respondería afirmativamente a esa

pregunta?

—Supongo que ha sido una pregunta estúpida.

—¿Me recibirá de inmediato?

—Ya le he dicho que sí. Diríjase al número catorce de Sacramento Street, apartamento siete.

—Ésa no es su dirección.

—Es un domicilio privado que utilizo para asuntos llamémosle delicados.

—Está bien. ¿Cuándo?

—Dentro de una hora. ¿Desde dónde llama?

—Desde una cabina de teléfono en el *boulevard*... Bueno, ¿qué importa? Estoy en la calle.

—Dentro de una hora le recibiré. Vea que nadie le siga, este asunto hay que llevarlo con suma cautela, es demasiado importante.

—Un momento...

—¿Sí?

—Quiero que quede bien claro que no hago esto por dinero.

—Naturalmente. No le he tomado por un chantajista o algo por el estilo.

—Exijo la protección de todos.

—Y así ha de ser. Tendré mucho placer en estrecharle la mano, en nuestra nación hacen falta hombres como usted. No está todo podrido, aunque muchos lo crean así.

Terry K. Gimson colgó y se quitó las gafas. Los cristales de la cabina estaban empañados de vapor. Al otro lado, un matrimonio abría un paraguas, comenzaba a llover.

Salió a la calle y notó el aire frío en sus mejillas. Sintió su espalda mojada. Se estaba jugando la vida, lo sabía. No era ningún estúpido y era consciente de que cuando se luchaba en contra de los grandes intereses, la muerte rondaba cerca, demasiado cerca.

Sacó un sobre de su bolsillo. No era grande pero sí abultado para ser considerado una simple carta, ocho o diez milímetros de grosor, como el de una revista o una novela corta en edición popular.

Con el bolígrafo escribió algo en el sobre, le pegó unos sellos y lo depositó en un buzón de correos antes de dirigirse a su automóvil, un «Ford» de cuatro años atrás, un automóvil sin pretensiones.

Se encerró en el coche de color marrón metalizado y miró la

hora antes de darle a la llave de contacto. Tenía tiempo sobrado.

Sintió la necesidad visceral de fumarse un cigarrillo y la encendía ya cuando golpearon el cristal con los nudillos.

Miró y al ver el uniforme policial, sintió un sobresalto como si de pronto el corazón quisiera escapar de su pecho rompiendo el enrejado de las costillas en su desesperada huida.

Se controló, bajó el cristal y con el cigarrillo en la mano preguntó:

—¿Qué pasa, agente?

—No puede estacionarse aquí, he visto antes su automóvil. Abandone este lugar o tendré que denunciarle.

—Bien, ahora me voy.

—Un momento...

—¿Sí?

—Su licencia, por favor.

—Sí, claro. —Se notó más nervioso, buscó en su cartera y al fin consiguió entregar su licencia.

El agente la examinó, comparó la fotografía y luego dijo:

—Está bien, pero no vuelva a estacionarse aquí.

—Sólo ha sido un momento, para telefonar.

—Circule.

Terry K. Gimson vio cómo el agua caía sobre el brillante impermeable del policía.

El motor de su «Ford» runruneó en exceso y los neumáticos rodaron sobre el asfalto que se mojaba rápidamente.

Buscó la calle que le indicaran. Se hallaba en el Chinatown, un barrio normalmente bullicioso pero que en aquellos momentos estaba despejado.

Deambular por allí era confundirse con otros seres que caminaban en distintas direcciones. Aquella calle era como la unión de dos barrios, incluso más, de dos etnias, blancos y amarillos.

Seres que no solían vivir en un mismo edificio, se confundían en aquella calle.

Había muchos comercios y no pocos de ellos regidos por orientales y así lo expresaban sus rótulos verticales con ideogramas totalmente indescifrables para un blanco pero no para los chinos que allí vivían y que conservaban su propio idioma.

Se detuvo dentro de un *parking* público. Salió a la calle, volvió a

mirar la hora nerviosamente y optó por introducirse en un *pub*.

—¿Qué desea el señor? —le preguntó el camarero con exquisita cortesía.

—Un *bourbon*.

—¿Alguna marca especial, señor?

Se encogió de hombros y el camarero oriental asintió con la cabeza sin borrar la sonrisa de sus labios.

—¿Estás en tensión, amor? Yo podría relajarte.

Se volvió. Junto a él estaba una mestiza anglochina. Su rostro era alargado, su cabello negro y brillante como el azabache. Sus ojos pequeños quedaban realzados por la pintura.

Su escote era largo y los senos, demasiado grandes para ser verdaderos.

—Tengo prisa.

Ella alargó su mano y le acarició el muslo sin disimulo.

—Si tienes prisa, también te puedo servir, cinco minutos.

Terry K. Gimson sentía que la tensión le abrumaba. Tenía miedo, no podía negarlo, pero tampoco debía gritarlo a los cuatro vientos y tenía la impresión de que acabaría haciéndolo.

Nunca había sido un muchacho valiente en la escuela ni de los mejores en el equipo de béisbol, un equipo de lo peor que hubiera podido encontrarse.

Jamás había destacado en nada; sin embargo, había sacado sus estudios adelante. Era más bien alto, de cabellos rubios algo rizados y casi barbilampiño aunque ya andaba cerca de los treinta.

Pese a la ausencia de respuesta, la mujer, en medio del humo del *pub* y el disco que sonaba con una extraña mezcla de *rock* americano y notas orientales, le pasó la mano por la cerviz.

—Bastarán cinco minutos para que tengas tus músculos relajados, soy una experta y sólo te costará setenta dólares.

—Vamos.

—Dejó un billete sobre el mostrador sin esperar cambio y se dejó llevar de la mano de la experta mestiza.

No quiso preguntarse la edad que ella tendría, lo mismo podían ser veinte años que cuarenta, siempre había sido incapaz de descifrar aquellos rostros de mujeres orientales.

Otra cosa era los hombres que no disimulaban sus canas o sus arrugas, que no ponían polvos en su piel ni lavaban ésta con

extraños cosméticos.

Cuando regresó a la barra, iba solo. La mujer ya no estaba con él, era como si se hubiera disuelto entre el espeso humo en que se había convertido la atmósfera de aquel local grande y bullicioso.

—Una cerveza.

Efectivamente se sentía más relajado, ya no le apretaban las sienes; veía la situación con mayor frialdad y notaba las piernas como más ligeras.

No habían pasado cinco minutos si no muchos más, observó Terry K. Gimson al mirar su reloj.

Fue a la Sacramento Street.

El edificio de apartamentos no era nada tranquilizador. Observó que de una de las puertas salían dos mujeres que reían entre sí y dedujo que eran prostitutas, quizás uno de aquellos apartamentos estuviera dedicado a masajes orlen tales.

—Hola, Terry —le dijo de pronto un tipo que le salió por delante.

No era muy alto ni fuerte, pero su rostro era demasiado cínico para no reparar en él, un rostro delgado y blanquecino, cargado de ojeras y cabellos negros untados con brillantina.

El traje era oscuro y rayado, rayas muy finas separadas entre sí pulgada y media. Aquel tipo debía vestirse en un sastre de los años veinte.

—¿Le conozco de algo? —preguntó Terry Gimson mirándolo receloso a través de sus gafas.

—Tenemos un amigo común. Anda, fúmate un cigarrillo —le dijo tendiéndole su pitillera de fino cuero.

—Tengo prisa.

—Anda, fuma.

Aquel desconocido le cerraba el paso. Terry pensó que debía aceptar el cigarrillo y cuando se lo estaba encendiendo, unas manazas le obligaron a girarse.

Antes de ver claramente el rostro de quien le forzaba a volverse, sintió un dolor tan fuerte en el hígado que quedó en suspenso, era como si le hubieran disparado una pelota de goma con fusil.

—Si te gusta el cigarrillo, puedes comértelo —silabeó el que acababa de propinarle un puñetazo en el hígado con la malignidad, contundencia y dureza de un boxeador profesional.

Antes de que pudiera evitarlo, le hablan metido el cigarro encendido dentro de la boca.

Quiso gritar y recibió un puñetazo en la mandíbula que lo levantó del suelo y le hizo caer mientras sus gafas se perdían.

Se abrió una puerta. Un hombre les vio a distancia y al observar lo que ocurría, se alejó rápidamente.

—Hay que llevárselo de aquí —ordenó más que dijo el que había sacado la pitillera.

—Es un tipo flojo, ha quedado K.O. —gruñó Troy.

El tipo del traje rayado se inclinó sobre Terry K. Gimson. Lo miró detenidamente y luego volvió la cabeza hacia su compañero, espetándole:

—Idiota, le has partido la cabeza.

Troy quedó unos instantes con expresión estúpida y al fin dijo:

—Era un muñeco barato.

CAPÍTULO II

—¿Para eso hemos venido aquí?

La mujer era joven y tenía voz chillona. Podía decirse que tenía en su cuerpo cinco o seis kilos de más que se le notaban en las abultadas nalgas y también en los pechos.

—A mí me gusta pescar —fue la respuesta del hombre que cubría su calva con un gorrito de visera y mantenía sus manos aferradas a una larga caña de la que partía el sedal que se hundía en las aguas de la bahía.

—Yo pensé que veníamos a otra cosa.

—¿A otra cosa? —preguntó él, mirándola.

La mujer puso sus brazos en jarras, con los pechos muy sobresalientes hacia afuera.

Había desafío y provocación en su actitud.

—Te dije que lo pasaríamos muy bien en este lugar solitario.

—Ya, pescando.

—Pero ¿qué es lo que quieres?

—¡Idiota!

—¿Qué es lo que pasa?

—¿Tú crees que una mujer se divierte viendo como un tío pesca? ¿Es que no tienes...?

—¿No tengo el qué?

Ella se puso roja, bufó y se tragó lo que iba a decir. Dio media vuelta y anduvo hacia el coche.

—¡Espera!

El cogió la caña, tiró de ella con violencia y el nylon del sedal se tensó.

—¡Espera, he pescado algo gordo!

Ella se volvió para gritarle:

—¡Trágatelo!

—¡Que es algo gordo, mira cómo tira!

—Cómo tira, cómo tira... Tú sí que no te tiras a nadie.

La vio alejarse pero no soltó su caña. Comenzó a luchar con el carrete y al final vio que emergía algo, algo que no tardó en reconocer.

—¡Es un cadáver, un cadáver! ¡Llama a la policía, llama a la policía!

Desde detrás del estrecho mostrador, el agente miró a la mujer. Era joven, alta, de cabellos largos, morena, muy segura de sí y mirada abierta, ojos grandes y labios que a él le parecieron suculentos.

—¿Viene a denunciar una violación?

—¿Una violación? —La pregunta la sorprendió tanto que primero quedó perpleja y luego soltó una carcajada—. No, no.

—No sería nada extraño, es usted muy atractiva.

—¿Dan un cursillo a los agentes de policía para cortejar a las ciudadanas?

—Después de todo, nosotros cobramos del dinero de los contribuyentes. Si su presencia no es grata, mucho mejor aún. Ahora, señorita, ¿qué le ha ocurrido? Aquí solucionamos muchas cosas, más de las que la gente se cree.

—Quiero ver a Dan Hunter.

—¿Hunter, el sargento Hunter?

—Sí, supongo que es sargento.

—Los hay con suerte, señorita.

—¿Por qué lo dice?

—Por muchas cosas. El sargento Hunter es de los que empujan con fuerza.

—Eso sí que es una cosa que yo no sé.

—Ejem, bueno, no iba con mala intención. ¿De parte de quién? Me refiero a quién es usted.

—Nadia.

—¿Nadia qué?

—El ya sabe.

—Está bien, un momento.

Llamó por la línea interior y Nadia pudo oír claramente sus palabras.

—Sargento Hunter, una señorita llamada Nadia desea verle personalmente. —Aguardó y repitió—: Si, sí, ha dicho Nadia que

usted ya sabía.

Colgó y le dijo:

—Ahora viene.

—Gracias.

La joven se alejó hacia un banco de madera oscura. Al poco, citando aún estaba de espaldas, una voz gutural bien marcada y muy masculina la interpeló:

—¿Nadia?

Se volvió y ambos se miraron mutuamente, pero la perplejidad se reflejaba especialmente en el semblante masculino.

—¿No te acuerdas de mí?

—¿Tú eres Nadia. Nadia Hopper?

—Sí, la vecinita Nadia.

—Diablos, cómo has crecido.

—Eso parece. ¿Cuántos años hace que no nos vemos?

—No sé, seis o siete.

—Nueve.

—Vaya, sí que pasa el tiempo. Ven, vamos a tomar café.

—¿Tenéis cafetería?

—No, no, el café de la máquina sólo es para cultivar la úlcera de estómago. Ven, ven.

—Adiós, sargento Hunter —bromeó el oficial.

—¡Ciao!

Salieron a la calle. Con la mano, Hunter le señaló la cafetería y entraron en ella. Cuando comenzaron a servirles, se encaró con Nadia y le dijo:

—Supongo que si me has venido a buscar no ha sido por simple amistad.

—He pensado muchas veces qué habría sido de Hunter, el chico que jugaba a pistolero o cow-boy, no sé bien.

—Tonterías de críos.

—¿Te va bien en la policía?

—El trabajo en la policía no es fácil y en muchas ocasiones resulta muy poco agradable.

Se topa uno con el dolor del prójimo, con problemas insolubles, gente perversa y traiciones.

—¿Compañeros que se venden?

—Judas los hay en todas partes.

—Cierto, pero según donde se cultivan son más dañinos.

—Así es. Por eso dentro de la policía, los correctivos son más severos. Ahora, ¿cuál es el problema? Porque no me creo que me hayas buscado para hablarme de la calle donde vivíamos.

Suspiró.

—Digamos que por casualidad, en un periódico, leí el hallazgo de un cadáver en la bahía.

—¿Y?

—Terry K. Gimson.

—Ese nombre no me dice nada. Además, encontrar cadáveres en las aguas de la bahía no es nada raro; por desgracia, se produce demasiado habitualmente. Si lees los periódicos verás que las listas de muertes extrañas son muy largas, tan largas que ya no tienen garra periodística.

—A Terry K. Gimson lo sacó un pescador con su caña. La noticia escueta decía que debían haberle atado una piedra al cuello pero que ésta, por los tirones del bravo pescador, debió desprenderse.

—Un hombre asesinado sigue sin ser nada nuevo.

—Yo conocía a Terry K. Gimson.

—¿Alguna pista?

—No lo sé —volvió a suspirar—. Era joven, estudiamos juntos, siempre me había tenido mucha confianza.

—¿Te había propuesto ser tu «boy»?

—Sí.

—Un tipo de suerte.

—El no lo creía así.

—Eso quiere decir que no lo aceptaste.

—Eso es, pero él siguió guardándome una especie de extraña fidelidad. Me escribía, me contaba cosas. En algunas ocasiones, sus cartas he llegado a considerarlas fatigosas.

—Bueno, tener un enamorado recalcitrante gusta a muchas mujeres, es como tener un motor de repuesto para nuestro coche.

—No te burles. El pobre muchacho ha sido asesinado. —Está bien. ¿Qué quieres que haga?

—No sé. El confiaba en mí, confiaba hasta el final y creo que debo ayudarle.

—Verás, ese asunto, por lo que me dices, no compete a la estación de policía a la que estoy destinado.

—Pero ¿tú podrías hacer algo?

—Depende.

—¿De qué?

—Pues, depende de... ¿Aparte de la noticia del periódico, sabes algo más?

—Es que con lo que voy a decirte no sé si hago una estupidez o profano un secreto que no me pertenece.

—¿Puedo ayudarte?

—No sé cómo.

—Tú recibiste algo de ese... ¿cómo has dicho que se llama? —
Terry K. Gimson.

—Eso, Terry, ¿no le llamabas así?

—Sí. ¿Y cómo sabes que me envió algo?

—Lo deduzco por tus palabras.

—Pues sí, me envió algo.

—¿Una carta?

—Muy especial, la traigo aquí.

Le mostró el sobre y una cajita cuadrada y aplastada.

—¿Una cinta de super ocho?

—Sí y no, en realidad es una cinta de microfilmado de alta perfección, solemos emplearlas en archivo de planos.

—¿Solemos?

—Sí, yo soy ingeniero de construcciones, Terry también lo era.

—¿Ingeniero? —Silbó de admiración.

—¿Qué pasa, acaso una mujer no puede ser ingeniero?

—Sí, claro que puede serlo, pero no me haces recordar a la vecinita del bóxer.

—«Puf», pobre «Puf», hace años que murió. Tenía mal genio, ¿verdad?

—Ya lo creo. En muchas de mis fantasías de pistolero lo veía a él como al malo de la historia y le pegaba dos tiros.

—No me digas —se rió Nadia—. ¿En tu imaginación le ponías sombrero y todo?

—Sí, mira que era feo, se parecía a Edward G. Robinson.

—Sí, algo sí se parecía, pero era buen vigilante.

—Nunca conseguí hacerme su amigo.

—Era muy celoso de la casa. No era amigable, pero era un buen perro. Como te decía, esta cinta es de las que se utilizan para conservar planos, también fotografías de construcción. Se guardan adecuadamente y de aquí se pueden obtener los planos que se desean trasladar al papel y con la amplitud necesaria.

—Muy práctico. ¿Y qué cabe realmente aquí dentro?

—Pues, todos los planos y fotografías de una gran construcción, material que, en papel, ocuparía toda una estancia.

—¿Y Terry robó esto?

—Lo que contiene esta cinta es, al parecer, un trabajo personal suyo, aunque es posible que no estuviera autorizado a realizarlo de forma privada y secreta.

—¿Y cómo sabes que es secreta?

—Es fácil deducirlo para un profesional. El me envió esta cinta con unas palabras simples. Mira, aquí está la carta, puedes leerla.

—Hum, aquí pone «Amada Nadia». No te olvidaba, por lo visto.

—No seas tonto y continúa.

—«Guárdame esta cinta y no hables de ella con nadie, ya te explicaré. Siempre tuyo, Terry». Dice más bien poco, lo que queda claro es que estaba colado por tus huesos, tus carnes y tus ojitos.

—Sigues tan bromista como siempre. Creí que en la policía te habrían convertido en un sujeto más responsable.

Si fuera responsable, no sería un policía, un sargento de detectives.

—Como Terry está muerto y lo que es peor, fue asesinado, he decidido hablar contigo de este asunto. Los planos de esta cinta pertenecen a una central termonuclear de plutonio.

—¿Has dicho plutonio?

—Sí.

—Creí que eran de uranio, uranio enriquecido o uranio natural por el sistema francés.

—Pues ésta es de plutonio. El plutonio es el material que se emplea para los barcos nucleares, ya sabes, submarinos atómicos, portaaviones o grandes barcos para larguísimas travesías. El plutonio es más peligroso y aunque esté empobrecido, sus residuos tardan muchísimos más años en dejar de ser radiactivos que el uranio. El plutonio es más caro y también más problemático.

—Verás, no soy un ingeniero de construcciones y mucho menos

un ingeniero nuclear, de modo que entiendo poco de este asunto: sin embargo, intuyo que puede ser grave si tenemos en cuenta que Terry te envió esta cinta antes de ser asesinado.

—Eso mismo opino yo.

—Nadia, creo que merece la pena investigar este asunto.

—¿Vas a denunciarlo?

—Ya te he dicho que la investigación de la muerte de ese enamorado tuyo la llevan otros compañeros. Antes de que me recomienden que me ocupe de mis casos haré algunas investigaciones por mi cuenta, luego ya hablaré con mis superiores. Asesinatos en ciudades grandes como la nuestra ocurren a diario, pero si tiene algo que ver una central de plutonio, el caso puede tener preferencia sobre todos los demás. Si han matado por esta cinta es que algo muy grave está ocurriendo.

CAPÍTULO III

Harold escuchaba atentamente por el teléfono mientras chupaba un costoso cigarro. La mirada de sus ojos saltones se perdía hacia un punto indefinido a través de unas grandes gafas de concha negra.

Harold era un individuo de gran calvicie que casi nadie veía; muchos la suponían pero él la ocultaba bajo una peluca costosa y muy bien diseñada para su rostro.

—Este asunto no debe tratarse, ni siquiera insinuarse, a través del teléfono —decía Harold.

—Claro, claro, los muchachos del *Washington Post* pueden estar escuchando —asintieron al otro lado de la línea.

—Una mierda escuchan, pero ya hablaremos. Creo que es necesario que nos veamos cuanto antes.

La voz del otro lado del teléfono puntualizó:

—No es conveniente que nos vean juntos.

—Hay lugares adecuados, usted ya sabe.

—Ya le llamaré, Harold.

Antes de que pudiera responder, Harold oyó que le habían colgado el teléfono. Se encogió de hombros y lo colgó a su vez, despacio. Se echó hacia atrás apoyando su obesa humanidad contra el respaldo de cuero de su sillón de dos mil dólares.

Harold dejó que su mente se colocara dentro de un veloz *jet* y volara a gran velocidad por los amplios espacios.

—Esto irá bien, muy bien —se dijo—, siempre que no cometa estupideces, claro.

Alargó la mano, oprimió un botón del dictáfono y ordenó a su secretaria:

—Dile a Luke que pase.

Se abrió la puerta tapizada en piel blanca y apareció el hombre delgado del traje rayado, el hombre que aún usaba brillantina para

su cabello lacio y negro, un cabello grueso que no parecía tener prisa alguna por desprenderse.

—Hola, Harold.

—No me gusta verte por aquí y tú lo sabes.

—He entrado por la puerta privada.

—Aun así, ya sabes que siempre recibimos a gente suspicaz.

—Un tipo llamado Jansen ha registrado todo lo que había que registrar referente a Terry K. Gimson dentro de la central.

—¿Y?

—Nada.

—Malo, malo, quiero resultados.

—Creo que se había echado un farol.

—Se ha expuesto demasiado para ser un farol. Cometiste una estupidez al matarlo.

—Troy pega duro, pero no es normal que se queden fiambres tan pronto entre sus manazas, fue un accidente.

—Un accidente que no me gustó. Ese Terry tenía que haber hablado.

—¿Hablado, de qué?

Harold empuñó sus ojos tras las gafas. Parecía jugar con el hombre de la brillantina, era evidente que en aquel juego de palabras se guardaba algunas cartas en la manga, no confiaba plenamente en Luke.

—Di algo, imbécil.

A Luke le brillaron los ojos, no soportaba los insultos ni aun en boca de Harold, el hombre que le daba la mayor parte de los billetes que le hacían falta para salir adelante.

—¿Qué es lo que quiere ahora?

—Todo.

—¿Todo sobre qué?

—Terry K. Gimson.

—Eso es peligroso, demasiado peligroso.

—¿Has cometido alguna torpeza para que te pueda atrapar la policía?

—No cometí ninguna torpeza, no hay ninguna pista que pueda acusarme. Estoy tranquilo, pero... La policía está encima de ese muerto y acercarse demasiado por donde vivía es peligroso.

—No quiero que te atrapen, yo no sé nada de la muerte de Terry

K. Gimson.

—Eso es cierto, esta vez no nos pagó.

—No pago las estupideces, Harold, claro que si encuentras algo interesante, te pagaré y muy bien.

—¿Interesante, interesante? ¿Qué es lo que he de encontrar?

—Una carta escrita denunciando algo, planos, algo que ese estúpido que cometió la idiotez de morirse tuviera guardado. Ya sabes, podía tener un portafolios en alguna parte, un familiar que le guarda cosas, una caja metálica, una llave que corresponda a alguna taquilla... Algo, quiero algo.

—Ese algo lo tendrá ya la policía que investiga su muerte, porque a un pescador estúpido se le ocurrió sacarlo de la bahía.

—¿Tú habías registrado ya su apartamento?

—Sí.

—No dejarías huellas, supongo.

—Eso queda para los imbéciles que se pasan todo el tiempo sentados detrás de una mesa, dando órdenes y sin actuar.

Harold torció el gesto.

—¿Te estás refiriendo a mí?

Luke sonrió sarcásticamente, acababa de devolver la puñalada del insulto.

—No, claro que no. Usted es el tipo más listo que he conocido, por eso sabrá comprender que me hacen falta diez mil dólares.

—¿Diez mil dólares? —Dio un respingo—. Oye, ¿con qué putas te acuestas?

—Con las más caras, me gusta lo fino.

—Y joven, naturalmente —añadió, sarcástico.

—¿A quién no?

—Deberás conformarte con dos de los grandes.

—No, esta vez, no. Hay mucho trabajo y corro muchos riesgos, con lo que me paga no salgo adelante. Menos mal que me gusta apostar y me llegan buenos vientos a los oídos sobre ganadores y colocados.

—Está bien —aceptó—, diez mil, pero quiero resultados antes de cinco días.

—¿Le vale el rollo de papel que gastaba Terry K. Gimson en su retrete?

—Luke, si sigues así te voy a partir la cara. No me gustan según

qué bromas.

—Si no se confía un poco más, no encontraremos nada, Harold.

—¿Piensas que sé algo que no te he dicho?

—Evidente. ¿Por qué, si no, teníamos que interrogar al «flojo»?

—Mira, Luke, ese tipo quería denunciar a la central en la que trabajaba. Yo soy un hombre importante del sindicato de empleados en centrales eléctricas, ya sabes, hidroeléctricas, termoeléctricas y termonucleares.

—Sí, un hombre importante del sindicato, un sindicato sin ideas.

—Aquí no hay ideas políticas, aquí hay la unión de todos los empleados. Si los empleados quieren aumento de sueldo, lo pedimos y si es justo, se consigue.

Luke sonrió.

—Si la mayoría de los asociados a este sindicato supieran a quienes tienen por representantes, les cortarían la cabeza.

—No te hagas el listo, Luke. Llegar a un buen puesto en el sindicato es difícil, muy difícil, hay que luchar muchos años y dar la cara.

—Al principio, y luego dejarse sobornar.

—Cuidado con tu lengua. Luke.

—Este sindicato no es como los que hay en Europa.

—Los de Europa son políticos; aquí miramos única y exclusivamente por el dinerito de nuestros asociados.

—Si eso fuera verdad... Aquí los sindicatos, de una forma u otra, están controlados por los patronos.

—No seas imbécil. Luke, eso ha ocurrido siempre, aquí y en todas partes y aunque fuera otro el que ocupara mi lugar, haría lo mismo.

—Creo que en todas partes no están tan corrompidos.

—Luke, me estás cansando.

—Está bien, está bien, no quiero amanecer flotando en la bahía como le ha ocurrido a más de un sindicato disconforme con lo que veía.

Harold abrió un cajón y sacó unos billetes. Los contó, lo; puso sobre la mesa y mordiendo las palabras, dijo:

—Si yo no supiera moverme en este sillón, tú no cobrarías ahora ese dinero.

—Si lo paga es que quiere algo a cambio, aquí no hay

beneficencia.

—Cinco días y largo.

—Sí, patrón —saludó Luke ceremonioso, burlándose sarcásticamente.

Cuando Luke hubo abandonado el despacho. Harold masculló:

—Cualquiera habrá de darte una buena lección, eres demasiado mordaz y mal parido, Luke, sobre todo mal parido...

CAPÍTULO IV

Dan Hunter llevaba tres horas delante de una pantalla, viendo imágenes de planos y fotografías. Al fin, con un largo suspiro, dijo:

—Para mí, esto es chino y todavía no he sido destinado al Chinatown para empezar a comprender algo de su escritura.

Nadia le miró con una leve sonrisa pese a que estaba muy preocupada.

—Hay que pedir el asesoramiento de alguien más metido en este rollo de las centrales termonucleares, pero lo que queda claro es que en esta central, la de Lamp-Stone, que está a punto de ponerse en marcha, no existen las seguridades exigidas.

—¿Para la central?

—Concretamente para los empleados que trabajan en la central. Estas centrales tienen una reglamentación muy severa que debe ser cumplida. La seguridad de cuántos trabajan en ellas debe ser completa.

—Pero, el riesgo de accidente siempre debe existir, ¿no?

—Sí, pero los accidentes deben estar previstos y también las fugas de radiaciones. Ha de haber una proporcionalidad entre las medidas de seguridad y la peligrosidad del material atómico a emplear y las medidas de seguridad deben comenzar por los cimientos de la construcción.

—¿Y terminar?

—Jamás, las medidas de seguridad no sólo deben ser mantenidas sino aumentadas con otras accesorias según sea necesario o lo indiquen los acontecimientos. Piensa que si hay fugas, porque el espesor de unos muros no es el adecuado, los empleados pueden morir a la larga por cáncer radiactivo y eso sólo es el principio, porque si persisten esas fugas por falta de la protección necesaria y pasa a la atmósfera, pueden llegar a las poblaciones y causar daños mayores.

—Para mí todo sigue pareciéndome chino, pero ¿tú insistes en que la situación es grave?

—Puede ser, quizá Terry lo vio más claro. Yo no me he dedicado a las nucleares, trabajo de asesora en una financiera, ya sabes, voy a visitar una factoría y he de dar mi opinión profesional. En ocasiones, es puro formulismo, ya que los acuerdos se cuecen a más altura. De todos modos, podría encontrar a quien me explicase mejor, mucho mejor, todo lo que Terry ha querido decir con estos planos, fotografías y los datos que ha añadido.

—¿Es de confianza?

—¿Quién?

—El que te va a asesorar.

—Sí, fue nuestro profesor.

—Bien, que no diga nada a nadie, yo haré algunas averiguaciones. Si he de meter la cabeza en este asunto, quiero ver por dónde voy a recibir las bofetadas.

—¿Para cuándo tendrás algo que explique mejor esta situación?

—Espero que antes de una semana —respondió Nadia—. Hay algo que no te he dicho.

—¿Y qué es?

—Ésta factoría, más que una central termonuclear normal, es experimental y al parecer, si funciona bien, se venderán copias de ellas para ser levantadas en otros lugares, no sólo aquí en los Estados Unidos si no en otras partes del mundo.

—¿Una central piloto?

—Algo así, aunque de ella se sacará todo el rendimiento que se pueda.

—¿Crees que se puede tratar de un asunto de espionaje?

—No lo creo, los secretos sobre la construcción de centrales termonucleares ya no existen, el problema es obtener los elementos electrónicos de control y especialmente los cartuchos del material atómico. No, no creo en el espionaje a estas alturas.

—¿Piensas sólo en la peligrosidad?

—Puede ser.

—Si Terry hubiera descubierto problemas de funcionamiento o de peligrosidad, ¿a quién habría de denunciarlo?

—A la superioridad de la empresa, para que pusiera remedio.

—¿Y si se daba cuenta de que no iban a hacerle maldito el caso

porque podría resultar demasiado costoso dar a la central atómica la alta seguridad que se le exige?

—Entonces se podría denunciar al juez.

—¿Y si tuviera miedo de dar la cara? Ya sabes, si no quisiera ir a dar con sus narices al despacho del juez.

Nadia vaciló, como si no supiera qué responder.

—Pues, podría denunciarlo en algún periódico de forma anónima o...

—¿O qué?

—Pues, podría denunciarlo al sindicato para que sus afiliados hicieran una manifestación exigiendo seguridad para los empleados de las centrales nucleares, especialmente en estas de nuevo tipo.

—¿El sindicato? —Dan Hunter quedó pensativo—. Es una posibilidad.

—¿El sindicato? —Quedó pensativo—. Es una posibilidad.

—El sindicato de los productores de la electricidad. Los sindicatos son una buena cosa, lo malo es que dentro de ellos siempre se puede encontrar algún hijo de perra. ¿Teme que los del sindicato le hayan hecho algo?

—No sé, no sé, puede haber sido alguien del consejo de administración, suponiendo siempre que la central de plutonio esté mal construida como sospechaba Terry. Puede haber sido alguien del sindicato, quizá un accidente y luego se han desembarazado del cuerpo, pueden ser demasiadas cosas. Nadia, me hace falla un buen asesoramiento sobre lo que significaban estos planos que me parecen chino arcaico, no entiendo nada.

Sólo sé que por el medio hay plutonio y cantidad de radiaciones beta y gamma.

—¿Crees que sacarás algo en limpio?

—Espero que sí y me huelo que puede tratarse de un asunto feo, muy feo. Tu enamorado murió por saber demasiado.

—¿Actuarás como policía?

—Este caso no me ha sido asignado por mis superiores, de modo que me voy a jugar la placa. Cuando tenga algo sólido en la mano se lo pasaré al capitán y que él decida, pero antes de levantar la liebre, quiero estar seguro.

—Tengo miedo, creo que ahora tengo más miedo que antes. Creí que tenía que hacer algo por Terry, pero ahora...

—Te hueles que andan metidos los grandes intereses, ¿verdad?

—Sí, los millones matan.

CAPÍTULO V

—¿Qué es lo que quiere?

Dan Hunter miró a aquel tiño de aire deportivo, o quizá eran las prendas que vestía.

Sonreía, pero no abiertamente, había un algo de desafío constante escondido detrás de su sonrisa.

—Quiero ver a Newton.

—¿Newton? —Lo observó escrutadoramente—. ¿Qué le pasa, busca trabajo?

—No, por ahora no me falta.

Dan Hunter miró a los tres marineros del lujoso yate fondeado en la bahía que a su vez le miraban a él. Suponía que bastaría un gesto de aquel tipo que le recibía para que los tres salieran en su busca.

—Newton no está visible, yo puedo atenderle siempre que no venga a molestar.

—Sargento Hunter, brigada de homicidios.

Aquel individuo parpadeó; Dan Hunter opinó incluso que había llegado a palidecer.

—¿Brigada de homicidios, seguro?

Le mostró la identificación con placa, ya no cabía duda alguna. El otro asintió de mala gana.

—¿Y qué quiere?

—Sé lo diré a Newton en persona.

—Dígame qué capitán lleva este asunto y ya hablaremos con él.

Dan Hunter puso una sonrisa sarcástica en su boca antes de responder:

—¿Quiere que le cuente su propuesta por escrito al comisionado?

—¿Qué trata de decir?

—Que de sus palabras podría presuponerse el intento de

cohecho o, más claro, soborno al capitán de la estación de policía.

—Yo no he dicho tal cosa.

—¿Prefiere que le detenga por obstrucción a la justicia?

Aquel hombre, un alto ejecutivo sin duda alguna, dio un respingo estirando su cuerpo.

—¿Cómo ha dicho que se llama?

—Sargento Dan Hunter. Ahora, avise a Newton, tengo que verle.

Aquel hombre vaciló; al fin, dijo:

—Sígame.

Subieron por la pasarela y se introdujeron en el lujoso yate amarrado al muelle de grandes embarcaciones de recreo.

—Aguarde un momento.

—Sí, cómo no.

Dan Hunter cruzó las manos a la espalda y comenzó a contemplar su entorno como si fuera un turista sorprendido, casi abobado por el lujo que le rodeaba.

La pintura de todo estaba impecable, las paredes interiores del yate revestidas con moquetas de pura lana o tapizadas en seda. Butacones de piel auténtica, maderas nobles macizas de tallados impecables, cuadros de gran valor.

Pudo ver un magnífico acuario en el que convivían tiburones minúsculos con crustáceos que se movían lentamente.

—Pase —le dijo el hombre que le había recibido.

Después de cruzar una puerta, pasó a una especie de invernadero. El techo y parte de las paredes eran gruesos cristales que les aislaban del exterior.

Era invierno y notó una temperatura y una humedad propia del verano o de las islas Hawai. Allí, estratégicamente colocadas, había lámparas de ultravioleta que daban vida a las plantas que más lo requerían, varias docenas de pájaros, ruiseñores del Japón y otras aves policromas del sur de Asia que gorjeaban volando de un lugar a otro.

Parecía imposible que aquel invernadero, un completo ecosistema, pudiera hallarse a bordo de un yate.

Una mujer en monotanga tomaba el sol artificial. Afuera, al otro lado de los cristales, habría una temperatura de cero grados.

—Sanders, enciéndeme un cigarrillo.

Sanders se acercó a una mesa de granito y de ella tomó un

paquete de tabaco. Con su propio encendedor, prendió lumbre al largo pitillo y luego lo pasó a los dedos femeninos que se tendían hacia él. La mujer se hizo con el cigarrillo.

—¿Dónde está Newton? —preguntó Dan Hunter.

La mujer que se hallaba panza abajo y poseía una piel tostada por los rayos ultravioleta, ladeó su rostro hacia él y después de expulsar el humo de sus pulmones, preguntó:

—¿Qué quiere?

—Hablar con Newton.

—Newton soy yo.

—Vaya, esperaba encontrarme con un hombre de negocios, no se pueden hacer prototipos de personajes por profesiones.

—¿De veras es policía, joven?

Resultaba muy difícil determinar la edad de aquella mujer que sé cuidaba tanto, una mujer que posiblemente se había sometido a la cirugía estética.

Le mostró su identificación y placa.

—¿Brigada de homicidios?

—Así es.

—¿Qué es lo que pasa, sargento?

—No ha querido contármelo.

Ante la réplica de Sanders, el hombre que permanecía atento a cualquier deseo de aquella mujer, Dan Hunter puntualizó:

—Quiero hablar a solas con usted.

—¡Sanders!

—Está bien, pero si quieres llamo al juez.

—Cállate, no van a raptarme, ¿verdad, sargento, que no va a raptarme?

—La policía no rapta, señora Newton, la policía arresta.

—Ya lo has oído, Sanders.

Sanders se alejó, dejándoles solos.

Este momento lo aprovechó ella para darse la vuelta y ponerse boca arriba en la hamaca.

Dan Hunter tuvo que admitir que tenía unos grandes pechos grandes y hermosos, que no tenía arrugas ni el vientre abultado. Era una mujer atractiva.

—¿Qué es lo que quiere de mí, sargento?

Comprendió que aquella mujer le estaba provocando, qué

pretendía burlarse de él, tratarlo como a un ingenuo, casi como a un muñeco al que se puede dominar y luego dar un puntapié.

—¿Usted es la presidente del consejo de administración de la Lamp-Stone?

—¿Le parece imposible que sea una mujer quien maneje las termonucleares?

—No, no me parece imposible. Usted tiene su dinero y lo invierte en lo que le da la gana.

—El que fundó la compañía Lamp-Stone fue mi padre, pero murió de un infarto y yo soy la heredera. Eso de ser la heredera de una multinacional de las termonucleares trae muchos quebraderos de cabeza. Bueno, ahora yo soy la dueña aunque no de todo, es una empresa por acciones.

—Una empresa con mucho futuro, al parecer.

—Así es, sargento, le han informado bien.

—Me han informado de que tiene que vender muchas termonucleares, dentro de los Estados Unidos y fuera.

—Ésa es nuestra intención. Los generadores eléctricos termonucleares ya no son una tecnología del futuro si no del presente, de urgente necesidad debido al precio y a la escasez del petróleo.

—¿La tecnología del plutonio en los generadores nucleares tiene futuro?

—¿Futuro? —Ella se rió ligeramente—: Tiene ya historia.

—Tengo entendido que el plutonio es más radiactivo que el uranio, que es la madre del plutonio.

—Los problemas del plutonio son sus residuos que, efectivamente, tardan algo más en descomponerse, en perder efectividad, pero mis ingenieros tienen todos los problemas resueltos.

—Sólo un poco de tiempo más en perder radiactividad, ¿eh? ¿Y ese poco de tiempo puede valorarlo en miles de años, por ejemplo?

—Yo no entiendo de ingeniería nuclear.

—Pues a mí me han contado que una catástrofe con plutonio es muchísimo más peligrosa que con uranio doscientos treinta y cinco.

—Puede ser, pero los containers que encierran los residuos son sólidos y ofrecen toda clase de garantías.

—Me temo que no existe nada con garantías suficientes para

conservar unos residuos malignos durante decenas de miles de años.

—¿Qué le pasa, sargento, es usted uno de esos ecologistas revoltosos?

—Yo sólo soy un sargento de la brigada de homicidios.

—Ah, sí —dijo ella volviéndose ahora de espaldas, escondiendo sus preciosos pechos y quedando con las bien redondeadas y suaves nalgas hacia arriba, casi totalmente descubiertas por el monotanga—. ¿Qué pasa con homicidios?

—Un joven ingeniero nuclear que trabajaba para la Lamp-Stone murió asesinado.

—Para la Lamp-Stone, en sus diversas centrales y factorías de suministros, trabajan miles de empleados, no pretenderá que esté informada de lo que sucede a tanto empleado. Yo puedo remitirle a mi jefe de personal que debe tener un departamento completo de fichas.

—Señora Newton, lo que voy a decirle no es una acusación, sólo una pregunta generada por la duda.

—¿La duda? Diga, sargento, diga.

—Pudiera ser que su central piloto que sólo ha funcionado en período de pruebas y que, al parecer, se trata de un prototipo reducido para ser montado en espacios más pequeños, tuviera excesivas fugas de radioactividad beta y gamma.

—¿Fugas? —Se incorporó como si acabara de picarla un escorpión.

—No he hecho ninguna acusación, sólo es una pregunta.

—No hay fugas, todo está previsto, los sistemas de seguridad son los mejores del mundo.

—Supongo que en todas las centrales termonucleares dicen lo mismo, pero hay más accidentes de los deseados.

—En la central Lamp-Stone no hay fugas, hay máxima seguridad. Decir lo contrario es sabotaje contra mi empresa y eso nos acarrearía perjuicios tan grandes que podría demandarle por tantos millones que jamás saldría de la cárcel.

—Insisto que sólo era una pregunta, pero pudiera ser que existieran pruebas de que sí hay peligrosidad.

—¡No hay peligrosidad!

—Y si alguien demostrara que sí que la hay, ¿qué ocurriría? Podrían solventar el problema o simplemente la central, por estar

mal construida, recibiría la orden del senado para ser demolida.

—Eso no ocurrirá jamás.

—Si una central termonuclear ofrece peligrosidad, puede ordenarse su cierre primero y su desaparición después. Supongo que si sólo se trata de poner unos paneles de plomo o grafito para contener las radiaciones se podrían solventar las deficiencias, pero si la cosa es más grande y no hay suficiente espacio para aumentar los espesores del hormigón de protección, la central sería una ruina.

—Sargento, está usted hablando de una forma peligrosa, muy peligrosa. ¿Acaso ha venido a chantajearme?

—No, yo sólo soy un sargento de detectives.

—No sería el primer policía que se transformara en un chantajista.

—En éste o en cualquier negocio que trate, no quiero más dinero que el salario que el contribuyente me tiene asignado, de modo que olvídelo. No obstante, le diré que tengo sospechas de que el ingeniero Gimson murió asesinado por una causa muy ligada a la central nuclear de Lamp-Stone. Más tarde o más temprano averiguaré el motivo y, por supuesto, quien fue el asesino o asesinados, aunque en ciertos casos en que entran en juego intereses económicos, se suele pagar a un asesino a sueldo que, desgraciadamente, no faltan.

—Habla como si me estuviera amenazando.

—Preferiría que colaborara con la ley, señora Newton.

—¿Cómo?

—Ya se lo diré. Estoy buscando asesoramiento adecuado. Necesito encontrar el móvil concreto de la muerte del joven ingeniero Terry K. Gimson. Parece que alguien ha querido taponarle la boca, pero de una forma u otra, los muertos también hablan. Por cierto, no dicen que una excesiva exposición de la piel a los rayos ultravioleta produce cáncer.

—¡Váyase al diablo!

CAPÍTULO VI

En el local burbujeaba el champaña californiano. No era un *night club* de primera categoría, pero sí se ofrecían espectáculos fuertes a los espectadores y abundaban las mujeres y los homosexuales travestís que resultaban tanto o más femeninos que las primeras.

Sobre la vertical de la cabeza de Harold, un ventilador de girar lento enviaba aire, un aire que le hacía falta para no sudar, pues la calefacción del local era excesiva para que las chicas del *strip-tease* y los números porno salieran adelante sin resfriarse.

Harold, el hombre del sindicato, tenía a su lado a una mujer de abundantísimos senos que él se encargaba de acariciar mientras gruñía algo que ella no comprendía, pero debía hacerle gracia porque reía sonoramente.

—¡Harold!

Miró al recién llegado. Era un individuo muy conocido en el local, entre otras cosas porque era hermano del propietario.

—Anda, nena, ve a la habitación y mira la «tele».

—¿La «tele»? Si es muy aburrida.

—Pues arréglate las uñas, pero no te líes con nadie esta noche.

—Claro que no, amor, soy tuya, sólo tuya.

—Por esta noche —dijo él pesadamente.

—Claro que sí, por esta noche.

La vieron alejarse, contoneando sus opulentas nalgas bien ceñidas por un vestido rojo, brillante.

—No tengo nada aún.

—Siéntate —le ordenó Harold.

Luke obedeció. Cogió la copa de la chica, escanció en ella champaña de la botella y bebió.

—La policía anda metida en este asunto.

—Vaya, creí que me iba a contar algo nuevo —respondió Luke,

sarcástico.

—No te hagas el listo. Te di diez de los grandes para que me trajeras algo que mereciera la pena.

—Sigo buscando, pero acercarse demasiado al fuego es exponerse a quedar quemado.

—De todos modos, quiero saber algo y pronto.

—¿Eso era todo lo urgente que tenía que contarme?

—No, no, quiero mucho más.

—Soy todo oídos.

—Quiero que averigües todo lo que puedas sobre un policía.

—¿Investigar a un policía?

—Sí, a un sargento de detectives.

Luke silbó por lo bajo mientras en el escenario cambiaba el número y salían cuatro chicas para interpretar un número cómico no exento de erotismo rojísimo.

—Un sargento de detectives es un tipo duro, con muchas ganas de obtener ascensos.

—Quiero saber quién es, dónde opera, quiénes son sus amigos y con quién se acuesta.

—Es una investigación completa.

—Sí, muy completa, reservada y apremiante.

—¿También hay prisa?

—Sí. Busca a quien pueda ayudarte además de Troy y ya sabes, yo no sé nada, ni hablar de mí a nadie.

—Como siempre.

—Eso es, como siempre. Yo te pago y lo que hagas es asunto tuyo, si cometes algún desliz.

—¿Pagarás bien este trabajo?

—Sí.

—¿Cuánto?

—Depende de como lo llesves, pero pagaré bien. Ah, y vete buscando a un buen sicario.

Luke frunció el ceño, intrigado.

—¿Quiere liquidar al sargento de detectives?

—Yo no he dicho a quién, sólo te pido que busques a un buen sicario. No le dirás nada de mí ni del sargento de detectives; tú haces como que tanteas el mercado de los pistoleros a sueldo, aunque me gustaría algo mejor.

—¿Como qué?

—Tú conoces a chicos de éstos a los que gusta divertirse, esos que han pasado ya por las estaciones de policía y detestan a los detectives.

—Conozco a algunos y sé dónde encontrarlos.

—Magnífico. Obsérvalos y escógelos. Un sargento de policía muerto por unos jóvenes gamberros llamaría la atención pero despistaría mucho.

—¿Cree que los chicos lo matarían? Si es un sargento de detectives...

—Tú puedes pedirles que se diviertan con él y mientras tanto, un profesional, en el río revuelto, lo deja frío para siempre. Luego desaparece y todos desconcertados. Si cogen a alguien, será a los chicos. Cuando tengas todo lo que te pido ya te daré más órdenes.

—¿Puedo saber qué es lo que hace ese sargento de detectives?

—Investigar la muerte de Terry K. Gimson, ¿te parece poco? A lo peor prefieres que siga adelante y te encuentre a ti.

—Yo no maté a ese tipo.

—Fue Troy, pero tú estabas con él.

—¿Quiere meterme el miedo en los pistones?

—Vamos, vamos, Luke, tú no eres un tipo que tenga miedo, por eso te pago bien.

—De acuerdo, Harold, pero ¿qué hay en toda esta mierda de asunto?

—No busques llegar al fondo.

—¿Por qué, hay mucha plata?

—Sí, hay plata, pero no quieras sacar más de la que te dé.

—¿Quién es el que está detrás de todo esto?

—Si lo averiguas, eres hombre muerto.

—Lo que me propones es difícil.

—Un trabajo para tipos listos. Si tú no eres listo, tendré que comenzar a pensar en otro que ocupe tu lugar. Por cierto, ¿cómo es que tu hermano, el propietario de este club, no confía en ti?

—Será porque voy mucho con usted.

—Réplicas sí que tienes, Luke. Vamos, ponte en marcha; exijo un buen trabajo y te prometo mucha plata.

—Si no conozco la cifra, el interés decae.

—Muy sugerente.

—Aunque sólo fuera aproximada, me refiero a la cifra...

—Está bien. Si todo sale a la perfección, podrás embolsarte cien de los grandes.

Los ojos de Luke brillaron. Por los trabajos que llevaba a cabo en el mundo del hampa no solía cobrar demasiado, no se podía permitir el lujo de hacerse un traje de primera calidad cada temporada.

—Eso es empezar a hablar sensatamente, Harold, aunque me gustaría mucho saber quién es el pagano.

—Te estás poniendo molesto.

—Tienes razón, hago demasiadas preguntas. ¿Cuándo podré ver los cien grandes?

—Cuando el sargento de detectives deje de ser un problema. Ahora, lárgate, la champaña me empuja a buscar a la chica que me espera. Ah, si no fuera por estos pequeños placeres que nos da la vida...

Se levantó pesadamente, aplastó el cigarro contra el cenicero y sacó otro de la misma calidad del bolsillo de su chaqueta. Iba a encenderlo cuando una chica en *top-less* le ofreció fuego, muy sonriente.

Luke se dijo que jamás conseguiría el poder que ostentaba Harold.

Harold no era un lobo solitario si no un tentáculo más de la gran mafia, aunque en algunas cosillas operaba por cuenta propia, pero si le llamaban tenía que acatar órdenes.

El y otros como él, bien organizados entre sí, eran el cáncer del silencio.

Luke sacó una agenda de su bolsillo y comenzó a escribir en ella.

—Sargento Dan Hunter, pronto serás un bastardo menos en la policía.

CAPÍTULO VII

—¿En qué embrollo te has metido?

Dan Hunter miró al capitán Campbell, un hombre cargado de experiencia que había comenzado en el cuerpo de policía patrullando las calles de uniforme.

—Antes de comunicárselo a usted, tenía que saber si los informes que me habían dado eran buenos o sólo ganas de enredar.

—He recibido una queja del comisionado.

—Era de suponer. He llamado a la puerta de un personaje demasiado rico, tiene los riñones bien acolchados con millones de dólares. La verdad es que la señora Newton no está nada mal, no es ninguna niña, pero está buena para acostarse con ella.

—¡Sargento Hunter!

—¿Va a reñirme, capitán Campbell? —preguntó, mordaz.

—No puedes molestar a un ciudadano sin pruebas en su contra.

—Sólo mantuve una charla con la señora Newton, obviamente no la acusé de nada; pero un joven ingeniero de su fábrica apareció muerto en las aguas de la bahía y por lo que sé del caso, fue asesinado.

—El caso de Terry K. Gimson lo llevan los compañeros de la estación doce y no nosotros.

—Lo sé y no les he obstruido en su trabajo. Tenía un informe y he pensado que debía averiguar algo.

—Has pensado demasiado y eso, para los tipos como tú, es malo, límitate a cumplir órdenes.

—Es lo que vengo haciendo, capitán. —Se acercó más a la mesa—. ¿Y si estuviéramos frente a algo gordo?

—¿Gordo?

—Sí. Parece que una central termonuclear privada que está en período de prototipo no está bien construida, por fallos de ingeniería o por ahorrar dinero en la construcción, eso ya lo

averiguaría un equipo técnico, pero si esa central tiene fugas de rayos gamma, estará asesinando lentamente a los empleados que trabajan en ella. Es más, esos rayos pueden salir al exterior y matar todo lo que haya vivo alrededor de la central y lo que es peor, de esa central prototipo se construirán otras igual porque al parecer la construcción ha sido calculada más económica, más reducida de volumen y con mayor potencia de generación eléctrica.

—Todo eso es un rollo para mí.

—No le hablo de cosas técnicas, capitán, le estoy diciendo que unos trabajadores pueden estar recibiendo radiaciones que a la corta o a la larga acabarán con sus vidas.

—Ellos tienen medidas de protección, médicos, medidores de radiaciones... Vamos, sargento, no se haga el listo y déjelos en paz. Además, si algún trabajador se pone enfermo, cundirá la alarma y pondrán solución a todo el problema.

—Cuando un trabajador muera por radiaciones gamma, ya estarán todos contaminados en mayor o menor medida. Los principales accionistas habrán vendido ya la construcción de varias centrales y nadie querrá tirar de la manta.

—Tienes la cabeza llena de historias de ciencia-ficción. Dentro de una central termonuclear puede haber un accidente, nadie lo niega, pero ¿a quién se le ocurriría dejar que hubiera radiaciones mortales?

—¿A quién? Muy fácil, a quien desea diseñar una central reducida y más económica que las otras. Una vez vendidas, que se pudra el mundo.

—Eso no es tan fácil. Cuando se compra y construye una central termonuclear se toman muchas precauciones.

»¿No quiere admitir que hay una posibilidad de que lo que le estoy contando sea cierto?«.

—Yo no admito ni dejo de admitir nada, deja ese asunto en paz. Dame todo lo que tengas de él y lo pasaré a los compañeros de la estación doce, ellos son los que llevan la investigación de la muerte de Terry K. Gimson.

—De acuerdo, capitán, de acuerdo, pero mientras hay unos trabajadores inocentes que van sufriendo radiaciones.

—Hablaré con el comisionado de todo este asunto y ya se verá si hay que abrir una investigación al respecto. Por otra parte, tú no

tienes ninguna prueba de que esas radiaciones existan, ¿verdad?

Dan Hunter pensó en la cinta que le entregara Nadia, cinta que estaba siendo estudiada por un profesor en la materia, alguien capaz de desentrañar todo lo que el joven ingeniero asesinado había captado.

Era evidente que el capitán Campbell no tenía muchos deseos de colaborar y optó por decir:

—Pruebas, pruebas, no tengo aún.

—Entonces, ¿en qué te has basado para molestar a la principal accionista de la Lamp-Stone?

—Informes, ya sabe, filtraciones.

—Hunter, si quieres llegar a capitán, en adelante deberás ser más cauto. No te metas en líos que no te competen. Por cierto, ¿cómo está el asunto de los atracadores del shop-center?

—Estamos muy cerca de atrapar a los autores.

—Eso es lo que espero de ti; allí murió la cajera.

—Del susto.

—Ataque cardíaco, falleció por culpa del atraco.

—Así es, capitán, pero me temo que los atracadores están más asustados ahora que lo estaba ella en el momento de fallarle el corazón.

—No son ningunos angelitos.

—Ni yo he dicho que lo sean.

Dan Hunter comprendió que no ganaba nada dando un portazo y mostrando su desacuerdo. Salió del despacho del capitán con normalidad; tenía que arrestar a unos atracadores que habían matado a una cajera del susto. Evidentemente, eran unos delincuentes dignos de ser castigados con la prisión, pero ¿y los que dejaban que las radiaciones pasaran a través de las protecciones, matando lentamente a los trabajadores, no eran asesinos también?

Se encontró con Nadia en la cafetería. Ella le preguntó:

—¿Qué has averiguado?

—Una bronca.

Parpadeó, desconcertada.

—¿Una bronca, dices?

—Si, la señora Newton, la millonaria del yate, ha movido sus influencias. El comisionado ha llamado al capitán, le ha puesto «firmes» y luego éste me ha llamado a mi que soy el último de la

escala y el que ha movido todo el cotarro.

—¿Te va a pasar algo?

—Me han ordenado que me olvide de este asunto.

—¿Vas a abandonar el caso?

—No.

—¿Qué puede sucederte?

—Que me hagan un expediente y por indisciplina me expulsen del cuerpo de policía.

—¿Y aun así te atreves a seguir adelante?

—Soy muy terco. —Hizo una pausa mientras encendía un cigarrillo—. Podría entregar lo que tengo a mis colegas de la estación de policía doce, pero...

—¿No confías en ellos?

—La verdad es que no tengo motivos para desconfiar, pero es un asunto que quiero descubrir por mí mismo. Han picado mi amor propio, no han debido mover tantos hilos para apartarme del caso. ¿Cómo está tu profesor?

—Estudiando el asunto, pero no puede abandonar su trabajo.

—¿Podemos verle?

Ella miró la hora.

—Habría que telefonearle antes.

—Pues, ¿a qué esperas?

Media hora más tarde llamaban a la puerta de una casa de dos pisos, una casa sin grandes lujos pero confortable.

El profesor era un hombre de mediana estatura, algo bajo, más bien obeso, calvo y de cara redonda. No se parecía en absoluto a Albert Einstein o por lo menos, ésa fue la opinión de Dan Hunter.

—Hola, pequeña. Para mí siempre serás la pequeña Nadia.

—Ya no tan pequeña, profesor. Viene conmigo el sargento de detectives Hunter, brigada de homicidios.

—Es un honor conocer a un hombre que arriesga su vida por imponer la ley en la ciudad.

—No soy un supermán, profesor, sólo soy un hombre.

—Todos somos hombres solamente. —Mirando a Nadia completó—: Y mujeres. Estáis interesados en saber qué problemas presentan los planos de la cinta, ¿verdad?

—Para eso hemos venido, profesor —le dijo Nadia.

—Hay trabajo de estudio para más de una semana.

—¿Todavía no ha averiguado nada? —preguntó Dan Hunter, un tanto decepcionado.

—Puedo emitir un juicio preliminar pero no de forma pública, ya que hay que estudiar todo el material más a fondo.

—Hasta ahora, sólo tenemos sospechas, profesor —le observó Nadia.

—Pasad, pasad, tengo el proyector montado.

El profesor disponía de una amplia estancia para sus trabajos de estudio e investigación.

Efectivamente había un proyector montado y en la pantalla aparecían unos planos.

—Profesor, le advierto que yo de planos y ecuaciones no entiendo ni jota —le dijo Hunter.

—No se preocupe, joven, ya se lo explicaremos.

El profesor fue pasando imágenes de planos y ecuaciones y Dan Hunter dedujo que el ingeniero Terry K. Gimson no era tan torpe si sabía resolver todos aquellos problemas.

—Aquí es donde Terry observó las fallas.

—No lo parece —opinó Nadia.

—Las fallas se producen cuando el vapor recalentado pasa demasiado cerca del agua de refrigeración. En este punto, los paneles de protección no son los adecuados. Sólo hay hormigón y debería haber también grafito, plomo, duroaluminio y unas barras de cadmio para reabsorber las radiaciones gamma.

—No entiendo, pero deduzco que todo lo que dice resulta mucho más caro que el simple hormigón que han puesto.

—Así es, joven, muchísimo más caro que esas diez pulgadas de hormigón. Cuando se circula por estos corredores —fue señalando con un puntero— todo parece igual. Las paredes, en apariencia, son idénticas a todo lo largo de los corredores, pero a la vista del plano se puede comprobar que en varias secciones el muro es de una excesiva delgadez.

—¿Y por qué no lo ensanchan? —preguntó Hunter.

—Porque se hubieran visto obligados a agrandar los corredores y ensanchar las instalaciones.

—¿Cree que está mal proyectada en función de ahorrar dinero en la construcción?

—En apariencia, sí. Quizá el equipo de ingenieros que planificó

la construcción de la central tuvo en cuenta la colocación de paneles de grafito, plomo, malla de cadmio y otras protecciones que existen y luego en la práctica no se ha llevado a cabo. No obstante, no se puede afirmar nada sin estudiarlo todo a fondo y aun así, habría que detener el funcionamiento de la central y comprobar con medidores muy especializados el espesor de los muros en los puntos críticos y también que no existan otros mediante sondas.

—Si sólo se trataba de aumentar el espesor de un muro, podían haberlo hecho.

—No, joven, es mucho más que eso. Es aumentar espacios en torno al reactor de plutonio, un generador que se hace trabajar a un ritmo cien veces superior a los que funcionan hasta ahora. Se obtiene más energía, por supuesto, pero como contrapartida deberían centuplicarse las medidas de seguridad. Para que lo comprenda mejor le diré que un reactor ordinario consume un hipotético gramo por día y éste, consume cien. Por consiguiente, lo que podría ser adecuado para un reactor normal al uso y que pasaría las pruebas de seguridad habituales, no es correcto en este caso que produce cien veces más radiación y siempre que fuera uranio, pero es plutonio. Al consumir tanto material radiactivo indica que el reactor es más grande en su núcleo y precisa muchísima más refrigeración. Al mismo tiempo, los conductores de vapor se multiplican para poder dar, la fuerza suficiente a las dinamos gigantes.

—Demasiado complicado para mí, profesor; lo que sí entiendo es que encierra cien veces más peligrosidad.

—Eso está claro y es así de cierto. Además, si la vida de un reactor se calcula entre veinte, y treinta años, éste podría quedarse viejo en cinco o diez años debido al rendimiento excesivo al que será sometido. Aun suponiendo que pusieran paneles accesorios de protección contra las radiaciones, en pocos años todo quedaría saturado de radiactividad y no habría forma de hacerla desaparecer. No sería como ahora que el material radiactivo se mete en un container y se busca un lugar seguro para depositarlo, aunque la verdad es que no hay sitios seguros en nuestro castigado planeta. En este caso sería mucho peor porque toda la central sería un complejo de residuos radiactivos, Nadia comentó:

—Creo que es la ocasión en que una constructora de centrales

termonucleares ha querido hacer negocio grande y más aprisa que ninguna otra.

—Sí, pero a costa de quitar seguridades y de envejecer la central rápidamente —puntualizó el profesor—. Es un peligro evidente.

—¿Y por qué la han dejado construir?

—Estoy averiguando dónde está realmente el engaño —dijo el profesor—. Terry supo descubrirlo y ha querido demostrarlo con esta cinta de microfilmes. Estoy viendo cosas que van mal, pero hay que encontrar algo, algo que aún se me escapa, algo que pueda llevar todo esto a los tribunales.

—¿No es suficiente ya con todo lo que ha descubierto?

—No, no es suficiente, son apreciaciones técnicas que pueden ser rebatidas y llevarían mucho tiempo en discusiones.

Hay que encontrar algo más, algo que sea definitivo en un tribunal.

—¿Y lo que busca cree que va a encontrarlo?

—No lo sé. Si Terry preparó la cinta, es posible que sí.

—¿Cuánto tiempo necesitará?

—Para estudiar a fondo cada microfilme, la cosa podría prolongarse a dos o tres semanas, un poco menos si Nadia, que entiende de esto, me ayuda.

—Cuente conmigo, profesor.

—Profesor, busque, porque a esa gente le importa un rábano que unos trabajadores, ingenieros y obreros de base enfermen por radiactividad y mueran a la corta o a la larga, aunque hay algo que no entiendo.

—¿El qué?

—Pues, que si queda patente que los trabajadores de la central enferman a consecuencia de la radiactividad, los posibles compradores se asustarán.

—Eso es fácil de ocultar —objetó Nadia.

—¿Cómo?

—No permitiendo que los trabajadores estén mucho tiempo empleados en la central asesina. Se les despide o traslada a otra parte y sí contraen leucemia u otra enfermedad semejante, ya están lejos y no pasa nada. Cualquiera que visitara la central encontraría personal en perfecto estado, pero sería personal nuevo.

—¿Y los médicos callarían el hallazgo de radiactividad en los

cuerpos de los trabajadores?

—¿Por qué no? Judas los hay en todas las castas profesionales. Si se detecta radiactividad, se pasa el expediente del afectado a la jefatura de personal e inmediatamente se le traslada o se le despide con una buena indemnización por cualquier otro motivo, claro está. Así, el escándalo jamás saltaría a la prensa y con vender y construir diez centrales iguales en distintas partes del mundo, ya está hecho el negocio de miles de millones de dólares.

—Y que la radioactividad pudra a los que creen haber encontrado un empleo en las centrales de la Lamp-Stone, ¿verdad?

—Desgraciadamente, así parece que es —asintió el profesor—, pero hay que desmostrarlo.

—Lo demostraremos. Sin pruebas irrefutables no podríamos luchar contra los millones y las influencias que parece tener la Lamp-Stone —dijo Dan Hunter, apretando sus puños.

Lo que Hunter ignoraba es que los muchos dólares de la Lamp-Stone se habían puesto ya en marcha para destruirle a él concretamente.

Se había convertido en un obstáculo para los pingües negocios de la multinacional.

CAPÍTULO VIII

—Tienes los ojos cansados, ¿verdad, jovencita?

—Llevamos varias horas mirando los planos en la pantalla —admitió Nadia.

—La verdad es que Terry podía haber sido más concreto —se lamentó el profesor, disponiéndose a preparar dos tazas de café.

—Debió temer que le cogieran la cinta de microfilmes y se descubriera lo que él pretendía denunciar.

—Parece una tesis doctoral sobre una catedral nuclear —admitió el profesor—. Si Terry hubiera hecho un trabajo así cuando estudiaba en la Universidad, habría obtenido el cum laudem.

—Mejor que sea tan técnico; así se podrá demostrar ante un tribunal lo que ya hemos deducido.

—Sí, pero lo que hemos descubierto hasta ahora podría ser rebatido punto por punto.

Anda, tómate la taza de café y luego será mejor que te marches a tu apartamento.

—Sí, necesito descansar.

—¿Quieres que te acompañe?

—No, no es necesario, tomaré un taxi. Tengo ganas de llegar a mi apartamento, meterme en la bañera con agua caliente y luego tenderme en la cama.

—Muy bien, Nadia. Por cierto, parece que ese joven policía te mira con muy buenos ojos.

—Vamos, profesor, vamos.

—Si yo fuera él, si tuviera su edad, te sometería a un acoso intensivo para que no te escaparas.

—A lo mejor le gusta otra chica.

—Pues va a dejar de gustarle si sigue contigo.

—Voy a coger complejo de seductora —se burló la muchacha.

Nadia salió a la calle y se acercó a la calzada para buscar un

taxi, mas no venía ninguno.

—Será mejor que lo pida por teléfono —musitó, fijándose en una cabina telefónica.

Uno de los pocos automóviles que rodaban por la calle se detuvo cerca de ella. Se abrió la portezuela y de su interior saltó un hombre fornido y alto, un hombre que corrió hacia ella.

Nadia comprendió de inmediato que corría peligro y retrocedió, al principio vacilante y luego decidida, hacia la casa del profesor.

—¡Quieta, furcia! —rugió el tipo que ya le daba alcance.

—¡No, socorro!

—¡Cállate, furcia!

—¡Socorro! —chillaba Nadia, que se sintió atrapada por unas grandes manazas que la obligaron a volverse.

Nadie acudía en su ayuda, la calle estaba solitaria, iluminada por las farolas.

Dos coches pasaron rápidamente sin prestarle atención; tampoco había ningún patrullero cerca.

La luz de la puerta de la residencia del profesor se encendió.

—¡Vamos, idiota, rápido! —gritaron desde el coche.

La joven se defendió mordiendo. El atacante, que pesaría algo más del doble que ella, acusó el mordisco y reaccionó con furia.

Nadia jamás había sentido un dolor tan intenso como el que le causó un tremendo gancho en corto al hígado. Nunca hubiera supuesto que un boxeador de los pesos pesados llegaría a darle un puñetazo tan contundente.

En medio del intenso dolor, sintió que las rodillas se negaban a sostenerla. De haberse mirado en un espejo a la luz del día, habría visto que su rostro cambiaba de color visiblemente.

Fue cogida en volandas e introducida en el vehículo cuando en la puerta de la casa aparecía el profesor mirando hacia el exterior. Tuvo tiempo de ver como el auto arrancaba con fuerza, haciendo roncarse su motor estrepitosamente.

Dentro del coche, Nadia no fue tratada con sutilezas.

Le ataron las manos a la espalda y le taponaron la boca con una ancha cinta adhesiva.

Fue aplastada contra el piso del coche y Troy apoyó su pie sobre el cuerpo femenino, haciéndole sentir su peso e impidiéndole que pudiera reincorporarse.

Cuando se recuperó del puñetazo que le había aplastado el hígado, aquel hígado que durante dos semanas habría de cuidar con mimo, Nadia trató de levantarse sin conseguirlo.

Se hallaba encogida sobre sí misma con las piernas dobladas y el pie de Troy encima de su costado.

El automóvil circulaba ya rato.

Nadia podía oír, como nunca antes lo oyera, el chirriar de los neumáticos al tomar las curvas.

Cuando Nadia sintió que la presión del pie de Troy era más fuerte y dolorosa sobre su cuerpo, el coche inició un descenso brusco después de tomar una curva cerrada a excesiva velocidad.

El vehículo, ahora a marcha reducida, maniobró hasta detenerse. Después, el motor fue silenciado. Hubo unos segundos de espera y al fin, el que había guiado el volante dijo:

—Podemos salir, aprisa.

Troy fue el primero en salir. Cogió a Nadia por un brazo y la obligó a salir con brusquedad. La muchacha se quejó y forcejeó pese a las circunstancias en que se hallaba.

Quiso ponerse en pie y no pudo; a causa de la mala postura en que se viera obligada a viajar dentro del coche, una rodilla no le respondía.

Troy solucionó aquel problema cargándosela al hombro mientras el otro abría la puerta metálica del ascensor.

Una vez dentro de la cabina, Nadia pudo ver que pulsaban el botón que correspondía a la planta diez. El elevador les transportó enseguida a lo alto.

Salieron y el hombre más pequeño, que llevaba un traje de finas rayas separadas tres o cuatro pulgadas entre sí, abrió una puerta.

Penetraron en un apartamento. Nadia no podía adivinar ni intuir en qué parte de la ciudad se hallaban, no había visto nada durante el traslado.

—Cierra.

El apartamento estaba amueblado de forma muy básica y sencilla. Había una estantería vacía, un sofá de módulos, una mesita de centro y poca cosa más.

Nadia se fijó en el teléfono que se hallaba en la estantería. Luke, el hombre del traje rayado, llamó por teléfono y aguardó. Al poco, decía:

—Tenemos a la chica del bastardo. —Escuchó lo que le decían al otro lado del hilo y colgó sin añadir palabra.

—¿Vendrá? —preguntó Troy.

—En seguida.

Nadia, que seguía con la boca tapada, miró a uno y a otro sin poder articular palabra debido a la amplia cinta adhesiva que tapaba su boca.

—No está mal la chica, ¿verdad? —preguntó Troy cogiéndola por los cabellos. Ella quiso zafarse sin conseguirlo.

—Ha sido fácil la pesca, aunque cuando le has dado duro creí que ibas a pasarte de nuevo.

—No se ha caído de cabeza al suelo.

—Hum —gruñó Luke.

Sacó de su bolsillo una cinta ancha y negra y se acercó a Nadia. Ésta miró la cinta con recelo y al ver que se la pasaba por la cara, movió la cabeza negativamente, como suplicando que no le cubrieran los ojos.

—¿Has visto? La chica quiere ver lo feos que somos —se burló Troy.

—Será mejor que no vea nada, es una probabilidad que tiene de seguir viviendo. Debes comprenderlo, preciosa. Si ves demasiado, tendremos que darte un baño en la bahía y los cadáveres con reuma se ponen muy feos.

La muchacha no podía replicar, la mordaza se lo impedía. Le taparon los ojos con la cinta negra y no sólo fue la cinta sino que se aseguraron sujetando la cinta negra con dos trozos de cinta adhesiva colocados en vertical, uno en cada ojo, lo que le impedía totalmente la visión, ya que de esta manera no podía ver por arriba ni por abajo de la cinta adhesiva.

Luke rezongó:

—Veamos lo que lleva en el bolso la palomita.

—A lo mejor lleva una foto del «poli».

Por las palabras de sus raptos, Nadia deducía que estaban muy interesados en Dan Hunter.

—Fíjate, si es ingeniero.

—¿La chica ingeniero? —se asombró Troy.

—Sí, ingeniero, debe ser una de esas chicas que quieren saber más que los hombres.

—¿Una feminista? —masculó Troy.

—Algo así.

—Para mí, las feministas son unas...

—Por lo menos, son unas estrechas.

—¿Qué te parece si le hacemos un *strip-tease*? Seguro que estará buena.

Un escalofrío recorrió el cuerpo de la joven que nada podía hacer para defenderse de sus raptos.

—Déjala, luego ya veremos qué se hace con ella.

—Si hay que vapulearla, antes prefiero estar un rato en la cama divirtiéndome con ella; cuando esté hecha una lástima ya no tendrá mucha gracia.

—Espera y ya veremos qué es lo que dice.

—¿Harold?

—Idiota, no digas ningún nombre.

—Cierro el pico y como si no hubiera dicho nada.

A Nadia, sentada en uno de los módulos de sofá, los minutos de espera se le antojaron eternos. Sentía la frialdad de aquel apartamento.

Olía a sudor, a sudor de días, debía ser de Troy. Jamás podría olvidar aquel sudor que había abofeteado su olfato cuando fuera atacada en plena calle. Notaba muy cerca aquel olor a sudor humano, toda la estancia estaba impregnada de él.

Los dos hombres comenzaron a fumar cigarrillos.

Deseaba que la espera acabara y con ella su ceguera a causa de la venda. Ansiaba salir de aquella situación, más, por otra parte, temía la llegada de los hampones. ¿Qué haría el tal Harold cuando estuviese frente a ella?

Sonó el llamador de chicharra. Pudo oír pasos y luego una voz desconocida, apenas inteligible, que preguntaba:

—¿Dónde está?

—Ahí la tienes.

Se cerró la puerta y de nuevo oyó pasos que se aproximaban ahora hacia ella. Olió de forma diferente, era tabaco distinto, un tabaco más fuerte.

—Bien, bien, ya tenemos por dónde empezar.

—Es ingeniero, jefe —le informó la voz de Luke.

—¿Ingeniero? Eso sí es bueno. Anda, preciosa, ponte en pie.

Al escuchar aquella orden, Nadia no obedeció, lo que irritó a Harold.

—¡He dicho que te pongas en pie!

«¿Qué van a hacerme, qué quieren de mí?», ansiaba preguntar Nadia; pero las palabras no salían de su boca, sólo unos ruidos que no podían considerarse inteligibles.

Troy la cogió por ambos brazos, poniéndola en pie.

—Nena, es conveniente para ti que obedezcas —le dijo Harold, apartando el cigarro de entre sus dientes.

Troy la zarandeó.

—¿Quiere interrogarla? —preguntó Luke.

Harold no respondió; en cambio, ordenó:

—Quítate los zapatos, nena.

Como si Nadia comprendiera que era mejor obedecer, se quitó los zapatos frotando un pie contra el otro y quedando así descalza.

Alguien se encargó de dar un puntapié a sus zapatos, alejándolos de su alcance.

—Dale unas vueltas para que juegue a la gallinita ciega.

Se sintió cogida por los hombros y obligada a dar vueltas hasta que sintió un vahído y estuvo a punto de caer, ya que no podía guardar el equilibrio al tener las manos atadas a la espalda.

Al fin, tambaleándose, se detuvo.

Notó unos dedos en su rostro. Tomaron por un extremo la cinta adhesiva que le taponaba la boca y de un violento y cruel tirón le arrebataron la mordaza.

Acusó el dolor con un quejido; parecía que le hubieran arrancado la piel de la cara.

—Y ahora, nena, hablemos.

—No sé nada. Por favor, déjeme ir, no diré nada.

—¿Habéis oído? La nena dice que no dirá nada —se burló Harold.

—Yo no sé nada. ¿Qué quieren ustedes?

—Hablar del sargento Hunter.

—No sé nada.

—Claro que sabes —gruñó Harold.

Acto seguido, sin que la muchacha pudiera tomar una actitud de defensa, pues tenía los ojos vendados, Harold le propinó una sonora, contundente y dolorosa bofetada que la hizo tambalearse de

nuevo.

—Esto te ayudará a recordar y tengo muchas más para repartir. Tú verás si te conviene seguir diciendo que no sabes nada.

Nadia se sentía totalmente desprotegida. Notaba con sus pies el suelo frío del apartamento, un lugar que no debía haber conocido la calefacción en mucho tiempo. Sin duda alguna estaba deshabitado normalmente.

Harold preguntó:

—¿Qué sabes del sargento Hunter?

—Salgo con él —dijo Nadia trémula, con la sensación de que su mejilla se había hinchado brutalmente.

—A la chica le gusta el «poli» —se burló Troy.

—¿Y qué te explica el sargento?

—De sus asuntos profesionales no cuenta nada.

—Sólo te dirá que quiere joderte, ¿verdad? —masculló Luke, mofándose—. ¿O ya os acostáis de ordinario?

—¡Canallas, son unos canallas! —les gritó ella, y volvió a recibir otra durísima bofetada en el carrillo derecho.

—Entra en razón, nena —le recomendó Harold—. Será mejor para ti.

Nadia tuvo deseos de dejarse caer al suelo, de doblar sus rodillas; pero se dio cuenta de que si quedaba en el suelo a merced de sus desconocidos raptos, su situación sería aún peor.

Tocaba el pavimento frío y desnudo con las plantas de sus pies, la inseguridad y el miedo eran ya como un fluido intenso que recorría todo su cuerpo.

Había oído hablar de secuestros de mujeres y cómo habían terminado en manos de sus raptos. La espantaba un final sucio, obsceno, sádico y atroz.

Con los ojos vendados, ignoraba hacia donde debía dirigirse. Quiso avanzar en un intento de fuga y una mano se posó sobre sus pechos, empujándola hacia atrás mientras sonaba una carcajada.

Cuando creía que iba a caer, otra mano la empujó por la espalda. Nadia ahogó un grito.

Troy preguntó:

—¿Le quitamos los pantalones?

—Espera, hay tiempo para todo.

—¿Qué es lo que pretenden?

—¿Qué es lo que quiere el sargento Hunter? —preguntó Harold.

—No lo sé, quiere resolver los casos que lleva.

—¿Y qué casos lleva?

—No lo sé.

—Una ingeniero debería saber más cosas —rezongó Luke.

—Es cierto. ¿Qué sabes de las nucleares?

—¿De qué nucleares?

—No te hagas la idiota —le replicó Harold—. Ya sabes que hablamos de las centrales.

—Yo trabajo para una financiera, no sé nada de las centrales nucleares.

—De acuerdo, guapa, peor para ti. Ahora no te vas a mover de aquí hasta que hablemos con tu polizonte —le dijo Harold.

—¿La deja en mis manos? —preguntó Troy.

—Aún no, pero si se porta mal será toda tuya hasta que te hartes —sentenció Harold.

—¿Cuándo, cuándo me soltarán? —preguntó Nadia, entre trémula y suplicante, oliendo demasiado cerca el desagradable sudor de Troy.

—Unas horas, quizá un par de días, todo depende de tu príncipe azul. Te conviene portarte bien. A ratos estarás sola aquí y a ratos alguien te acompañará, pero tú te portarás bien en todo momento, pues de lo contrario lo vas a pasar muy mal y maldecirás el día que naciste.

Una manaza la cogió por el brazo y la arrastró. Luego la empujó y cuando creía que iba a caer al suelo, cayó sobre una butaca. Los dedos se le doblaron a la espalda.

Asustada, oyó los pasos que se alejaban y una puerta que se abría y cerraba.

No estaba segura de si se habían marchado todos, dejándola sola, o se había quedado alguien con ella.

Se puso tensa, escuchando atentamente. Si consiguiera escapar...

Se levantó despacio, temiendo hacer el más mínimo ruido. De pronto, una manaza se posó sobre su hombro, asustándola. No estaba sola.

CAPÍTULO IX

—¿La interrogamos más a fondo? —preguntó Luke.

—No, no sacaréis nada de olla.

—Quién sabe.

—Lo que me interesa es hacer desaparecer al sargento, ya que no has conseguido averiguar nada sobre Terry K. Gimson.

—Tengo localizados a unos gamberros drogadictos capaces de matar a su madre por obtener un poco de dinero para pagar su vicio.

—Eso es lo que hace falta. No quiero ni que se enteren de lo que va a pasar.

—¿Puedo conocer el plan, Harold?

—Sí; claro. He pensado que no hace falta el sicario que te pedí.

—¿Ah, no?

—No. Por los cien de los grandes que te voy a pagar, el sicario serás tú.

—¿Yo?

—Sí. Búscate un rifle con mira telescópica y balas que sean utilizables para pistola.

—No me agrada el papel de verdugo.

—En esta ocasión vas a serlo.

Luke torció el gesto. Sabía que convertirse en verdugo de un sargento de detectives de la brigada de homicidios iba a traerle muchos problemas.

—Está bien.

—Borraréis todas las huellas del apartamento antes de que entren esos viciosos de la droga a divertirse con la chica del polizante.

—¿Y el sargento?

—Cuando el sargento entre a salvar a su chica, lo que ocurrirá en medio de la orgía de los drogadictos, tú estarás esperando en el

edificio de enfrente. La ventana estará abierta.

—Hace frío, la cerrarán.

—No podrán hacerlo, la ventana está atascada ex profeso. Tú aguardarás con el rifle dispuesto y cuando le veas actuar en contra de los viciosos, aprietas el gatillo y desapareces. El asunto quedará resuelto, los compañeros del policía ya se encargarán de los viciosos.

—¿Y el análisis de balística?

—No encontrarán jamás el arma.

—Se me ocurre una cosa, Harold.

—Vaya, ¿piensas y todo?

Luke sintió la punzada de la humillación, pero supo reaccionar aprisa para que no se le notara.

—Conozco a un tipo que vende armas especiales.

—¿Fichado?

—Lo ignoro.

—Andate con cuidado, los fichados cantan la gallina demasiado pronto.

—Puedo comprar a través de otro tipo, sería un encargo.

—Bien, pero no te arriesgues. ¿Puede saberse qué tipo de arma vas a emplear?

—Una pistola.

—¿Para disparar a distancia?

—¿No me has dicho que empleara balas de pistola?

—Hay balas que son válidas lo mismo para pistola que para rifle, del mismo calibre, por supuesto.

—La pistola que podría emplear es una Magnum a la que añaden un culatín que luego se desprende.

—¿Sin dejar marcas?

—Sí, todo está pensado y en vez de enroscar un silenciador se le añade un alargamiento de cañón, lo que garantiza mucho mejor la puntería a distancia. La mira telescópica va adosada a ese tubo que termina con silenciador.

—¿Y cuándo se ha terminado de disparar?

—Se le quita el culatín, el tubo y la mira telescópica y tras borrar las huellas de la pistola, se deja donde convenga y, por supuesto, se tratará de un disparo de pistola.

—Me parece bien. No estaría de más que uno de esos jóvenes

disparara con esa misma pistola un rato antes, aunque fuera contra una pared o el techo.

—¿Para qué?

—Siempre dejaría alguna huella. Además, si luego le hacen el análisis de parafina daría resultado positivo y no cabría duda de que ha disparado con el arma homicida.

—Eso está bien —admitió Luke—. Pensando un poco, podemos cometer un asesinato perfecto.

—Eso es, Luke. El asesinato perfecto es aquél en que un inocente carga con la sentencia.

—Ya, es el mejor modo de cerrar un caso.

—Exacto; piensa si no en Terry K. Gimson, creíste haberlo hecho desaparecer, pero un pescador lo sacó de la bahía.

—¿Y si lo hubiéramos enterrado?

—Podía encontrarlo un perro. Además, siempre que hay un desaparecido, aunque no se encuentre el cadáver, se plantean muchas dudas. En cambio, si un cadáver queda a la vista y se detiene al supuesto culpable, se le condena y todos tranquilos.

—¿Como Lee Harvey Oswald? —se burló Luke.

—Más o menos. ¿Ves qué fácil ha sido planearlo?

—Será divertido leer los periódicos. «Sargento de detectives muerto cuando trataba de salvar a su chica de una pandilla de viciosos que la habían raptado».

—El juez será muy duro con esos drogadictos. Que no falte la droga en ese apartamento, ya me entiendes. Cuanto más idiotizados estén, mucho mejor, ni ellos mismos sabrán si han sido.

—Me encargaré de prepararlo todo. Necesito un poco de tiempo para aprovisionarme de la «Magnum».

—Yo te diré cuándo hay que levantar el telón. El sargento ha de entrar en el momento justo en el escenario.

—¿Cómo acudirá?

—Yo le llamaré. Prepararé una cassette con palabras de la chica cuando solloce, cuando suplique piedad. Eso le dará estímulos al polizonte para acudir enloquecido a la trampa.

—¿No recelará?

—Veré la forma de dorarle la píldora, que el cebo sea suficientemente atractivo para que no piense demasiado. Además, pienso darle el tiempo justísimo para que corra a salvar a su chica.

Si se retrasa, quién sabe lo que podrán hacer los viciosos de la droga, eso va a tenerlo en cuenta...

Volvió a reír, satisfecho de su plan. El sargento de detectives Don Hunter era un obstáculo y sería eliminado.

CAPÍTULO X

Sanders miró con muy malos ojos a Dan Hunter cuando éste se presentó en la pasarela del yate.

—¿Qué le ocurre, sargento, viene a pedir perdón?

Dan comprendió que aquel individuo estaba al corriente de lo que había hecho la presidente del consejo de administración de la Lamp-Stone o quizá había sido él mismo quien moviera los sutiles hilos de las influencias que habían llegado hasta él, tratando de moverlo como si fuera un muñeco de guiñol.

—Oiga, si le digo algo ¿se va a molestar?

—Hombre, depende.

—¿Es usted el consejero de la señora Newton o su «macarra»?

Sanders se puso tan pálido que para ver una tez semejante había: qué pasarse por la Morgue.

—¡Le haré tragar lo que acaba de decir!

—Es su palabra contra la mía. ¿O cree que el juez le va a hacer más caso a usted que a mí? Quizá llame a un senador para que hable con el comisionado de la policía. ¿A quién recurrirá para que me pongan a dirigir el tráfico?

—Sargento, acabaré con usted.

—Eso suena a amenaza.

—Yo no amenazo en vano.

—Es usted afortunado por las influencias de que dispone a costa de la mujer que lo mantiene, me refiero a los millones de la señora Newton.

—¡Fuera de aquí!

—¿Está a su nombre el yate?

—Si no se va...

Su voz estaba preñada de amenazas, también su gesto. La mirada era sostenida, cargada de odio.

—Estoy acostumbrado a las amenazas de los hampones.

Sanders no recordaba haberse encontrado en una situación tan violenta en toda su vida; Dan Hunter se amilanaba ante sus amenazas.

—Si no tiene autorización del juez, no entrará en el yate, esto es una residencia privada, flotante, pero privada, de modo que si intenta poner un pie en la cubierta llamaré a sus compañeros y será acusado de allanamiento de morada.

—¡Sanders!

La llamada partió de la propia señora Newton que acababa de aparecer en la cubierta alta, fumando un largo cigarrillo con aire indolente.

—¿Qué sucede?

—Nada, el sargento, que se pone molesto.

—Señora Newton —dijo Dan, encarándose con ella—. Sanders da a entender que usted tiene mucho que ocultar dentro de su yate, por eso me cierra el paso, pero la verdad es que no tenía mucho interés en entrar en este palacete flotante.

—¿Ah, no? —preguntó Sanders, sarcástico.

—No, porque lo que quiero saber ya lo tengo, sólo quería cambiar unas impresiones con la señora Newton, pero puesto que soy persona non grata a bordo del Plutonium, menudo nombrecito le han puesto al yate, me voy.

—Espere —le pidió la mujer.

—¿Esperar a qué?

—A tomar un *whisky*, escocés, por supuesto. ¿O no toma bebidas alcohólicas porque está de servicio?

—Si tiene un vaso de leche... ¿O prefiere que la leche se la de yo?

—¡Le voy a...! —amenazó Sanders.

—Tranquilo, amigo, tranquilo, no interprete mal mis palabras. A lo mejor a la señora Newton le gusta la leche fresca, de vaca, claro.

—Suba, sargento.

Dan Hunter trepó por la pasarela. Al quedar a la altura de Sanders que apretaba los labios de impotencia, le dijo:

—Cuidado, no se vaya a caer al agua. Las aguas del puerto están sucias y si se cae usted, los ecologistas dirán que son ya irre recuperables.

Sanders no abrió la boca para contestar, pero la réplica bailaba

en sus ojos, saltaba de una pupila a otra como un rayo de electricidad.

Hacía frío; sin embargo, el día era soleado.

La señora Newton lo llevó hasta la cubierta de popa y se dejó caer en una hamaca al sol.

No estaba desnuda como la vez anterior, vestía pantalones ajustados y un jersey blanco de lana gruesa que disimulaba en parte sus senos. El cuello era alto, muy ajustado.

Aquella mujer sabía vivir y disfrutar de sus millones.

—Eres tan guapo como recalcitrante, sargento —le dijo, tuteándole.

—Es usted una mujer hermosa. Supongo que caminando por la calle habrá oído más de una vez que la llaman «tía buena».

Grace Newton se echó a reír. Chupó su cigarro, expulsó rápidamente el humo de sus pulmones y dijo:

—Apenas ando por la calle, voy siempre dentro de uno de mis siete automóviles.

—Con chófer, claro.

—Sí, sólo conduzco uno de ellos, los demás los llevan mis chóferes. Siempre tengo tres a mi disposición.

—Deben ganarse el sueldo muy descansados.

—No creas, viajo mucho en coche y ellos se turnan las veinticuatro horas del día.

—Si quiere, le doy yo un paseo, me convierto en su chófer por unas horas.

—¿Gratis?

—Claro. Yo, a las mujeres, no les cobro nada, absolutamente nada.

—¿Y en horas de servicio?

—Como soy muy ingenuo y casi oligofrénico, le diré que en estos momentos estoy libre de servicio.

—Es peligroso subestimar a alguien que creemos que nos odia.

—¿De verdad piensa que la odio?

Grace se puso en pie.

—Recojo algo de abrigo y nos vamos.

—¿Adónde?

—Si quieres, al infierno. Hay días en que una se aburre, necesito algo especial.

—Y salir con un vulgar sargento de detectives puede ser divertido, ¿no es eso?

—Quizá.

—Vamos, abajo tengo mi coche.

—Iremos en el mío.

—¿No se fía?

—No, no es eso. En mis coches llevo teléfono y en cualquier momento puedo recibir una llamada. Hay muchos asuntos que resolver.

—De acuerdo, pero me temo que al tipo que la protege no le va a gustar.

—¿Te refieres a Sanders?

—Ajá.

—Es un buen muchacho, está enamorado de mí.

—¿Y de sus millones no?

—El también es rico, de buena familia.

—¿Y ser de buena familia quiere decir ser un tipo de primera?

—Para vivir en la *high society*, sí.

—Y yo que creía que era de la madre que lo parió...

—¿Qué decías?

—Nada, nada, que el sol es hermoso y que las aguas de la bahía están sucias. Vamos, tengo ganas de probar su deportivo.

El auto era amarillo, con una banda negra en forma de rayo en los costados.

El asiento estaba pegado al piso y los pasajeros permanecían con las piernas estiradas sin doblar las rodillas, era una forma de conducir distinta.

—¿Sabes conducir con marchas?

—¡Agárrese!

El coche arrancó con fuerza, haciendo roncar el motor. Dan Hunter enfiló hacia el Chinatown para luego torcer hacia su derecha y buscar la entrada del Golden Gate Bridge.

—Sería divertido que me vieran ahora mis compañeros, con este coche y llevándola a usted al lado.

—¿Por qué no me tuteas? ¿Tan vieja me ves?

—No sé los años que tienes, ni me importa.

—Soy mayor que tú.

—Si lo dices con tanta seguridad, así será.

Se introdujeron en el larguísimo puente que sobrepasaba los doce kilómetros y que se apoyaba sobre el islote de Yerba Buena. Las aguas de la bahía quedaban a derecha e izquierda.

El sol se reverberaba en aquellas aguas en las que abundaban los tiburones que habían impuesto el terror entre los presos de Alcatraz que habían intentado la fuga a nado, un penal que ya sólo era un recuerdo de pesadilla.

—¿Tardarás mucho en llegar a teniente?

—No lo sé si siguen pegándome broncas mis superiores...

—¿Broncas?

—Sí, debido a influencias inaceptables.

—¿Me estás acusando?

—¿No has sido tú la que ha movido los hilos para que me aparten del caso de la muerte de Terry K. Gimson?

—Bueno, me pusiste de mal humor y le pedí a un amigo que se encargara de que no me molestases más.

—Pues tu amigo es muy fiel porque te obedeció.

—Sin embargo, tú has vuelto.

—Será porque, por encima de todo, está mi conciencia.

—¿Y que te dice tu conciencia?

El deportivo amarillo rodaba veloz hacia el final del puente, rebasaba a los otros vehículos con facilidad.

—A lo mejor piensas que te voy a seducir.

—¿No ves cómo tiemblo? Se nota hasta en el coche.

Hunter hizo varias maniobras un tanto arriesgadas, pero sin comprometer a los demás automovilistas.

—¿Adónde vamos?

—No sé, por ahora a qué mar gasolina, luego ya veremos. Es mi día libre. Por cierto: ¿has visto la cara de Sanders?

—No me he fijado —contestó Grace.

—¿Hace todo lo que tú le mandas o también actúa por su cuenta?

—Hace lo que sabe que debe hacer, mis decisiones no las dejo en manos de nadie.

—¿De veras controlas todo el consejo de administración de Lamp-Stone, los fabricantes de termonucleares?

—Tengo la mayoría de acciones:

—Se puede tener la mayoría de acciones y sor otros los que

deciden lo que hay que hacer mientras el milloneto se dedica a quemar millones en orgías.

—No se celebra ningún consejo de administración sin mi presencia y yo controlo la situación aunque, lógicamente, tengo mi equipo de asesores.

—¿Qué clase de asesores?

—Un equipo, ya lo he dicho. Hay dos abogados, un médico, un ingeniero y dos águilas de las finanzas, una de las cuales es el propio Sanders.

—¿Y si es un águila de las finanzas, por qué no se dedica a multiplicar sus propios millones?

—Ya te he dicho que era hijo de buena familia, pero no es el que maneja la fortuna de la familia. Sólo tiene una renta digna para vivir, por eso lo tengo yo en mi equipo.

—¿Y cuántos se han de morir en su familia para que él se haga con todos los millones?

—Ya ha entrado la suspicacia del policía —se burló ella.

Por cierto, tú eres viuda, ¿no?

—Sí, mi marido murió hace años, en un estúpido accidente de automóvil.

—En compañía de un marica.

Ella se puso seria.

—Prefiero no hablar de eso.

—Cuando te casaste con él, ¿conocías sus tendencias homosexuales?

—He dicho que prefiero no hablar de ello.

—La presidente del consejo de administración manda y ordena.

—Creo que debes ir pensando en el regreso.

—¿Por qué, si tenemos muchas horas por delante?

Aumentó la velocidad hasta el límite permitido, saliendo de la ciudad por la Nacional 101.

—Marc, mi marido, no era homosexual, aunque en los últimos tiempos se había inclinado excesivamente hacia los muchachos.

—¿Y te sentiste herida?

—No tengo por qué negarlo.

—¿Y desde la muerte de tu marido odias a los hombres?

—No soy feminista, pero en el fondo todas las mujeres odiamos un poco a los hombres.

—¿Porque no tenéis falo?

—Por eso y por otras cosas, aunque hay muchos hombres que lo que tienen no les sirve de mucho.

—Vosotras, las mujeres elegantes, cultivadas y millonarias, tenéis la necesidad de vulgarizaros un poco, de soltar todo lo que os venga a la boca sin problemas.

—¿Por qué no me llevas a un sitio vulgar?

—¿Lo necesitas?

—Es posible.

Dan Hunter pisó el freno, disminuyendo violentamente la velocidad. Se salió de la carretera y dio la vuelta de regreso a la ciudad.

—¿Cuánto tiempo hace que no te acuestas con un hombre?

—¿Es el interrogatorio de un policía?

—No, sólo es la pregunta de un hombre. Responde si te da la gana.

—Si estás pensando que Sanders se acuesta conmigo, te equivocas. Yo no permito que ningún hombre me domine.

—Pero te lo habrá propuesto.

—No ha sido el único.

—¿Debo pensar que si no has tenido una escapada en alguna ocasión digamos fortuita ya no debes ni saber lo que es una gozada?

—¿Y tú sí?

—No presumo de casto.

—¿Y de Casanova?

—Tampoco. Para hacer espeleología me gusta escoger personalmente las grutas a explorar.

Veinte minutos más tarde, el deportivo amarillo se detenía en el estacionamiento del Luxury Center.

—¿Qué es esto?

—Una especie de centro del placer, del sexo:

—¿Un burdel?

—No, aquí no hay furcias cobrando, las mujeres que entran lo hacen por cuenta propia. Se puede pasar por el salón de maquillaje y os dejan maquilladas según os guste, de tal forma que nadie os va a reconocer.

—¿Quieres decir que aquí acuden mujeres que pasan por honestas?

—Sí, de clase alta, media y de media baja si pueden pagar. Hacen sus escapadas, son mujeres y hombres insatisfechos cuando llegan aquí en solitario.

—¿También llegan en parejas?

—Sí, pueden llegar en parejas, pero si alguien se pone molesto, el servicio de vigilancia interior zanja el asunto.

—¿La policía mete baza aquí?

—En ocasiones, si se supone que hay drogas de por medio.

—¿Sólo por drogas?

—También si hay acusaciones de extorsión, chantaje, menores o robos, pero en el asunto del placer no tenemos por qué intervenir.

—¿Tú has entrado aquí?

—Sí, lo mismo que he visto películas porno o me he acostado con una chica que me ha gustado. No soy ningún ángel, soy un ser humano de carne y hueso como tú. Está claro que cuando prometa fidelidad a una mujer me olvidaré de este lugar, pero por ahora soy libre.

—¿No tienes chica?

—¿Fija?

—Sí.

—Hay una que me gusta mucho, ya ves que soy sincero.

—¿Te acuestas con ella?

—No.

—¿Por qué?

—No se lo he pedido.

—¿Cedería?

—No lo sé.

—Entremos ahí, estoy dispuesta a vivir una nueva experiencia.

—Un momento —le pidió Dan cogiéndola por el brazo cuando Grace ya había abierto la portezuela.

—¿Qué?

—¿Eres frígida?

—¿Yo?

—Algún motivo inclinaría a tu marido hacia los maricas, ¿no?

—Con mucho gusto te cruzaría la cara, pero mejor vamos al Luxury Center; quiero comprobar si es cierto que no eres un ángel.

—¿Lo dices porque los ángeles no tienen sexo?

Ella soltó una carcajada fuerte, casi escandalosa, mientras los

ojos se le enrojecían sin que ella misma se diera cuenta.

CAPÍTULO XI

Grace Newton vació el contenido de una ampollita dentro de una copa en la que burbujeaba la champaña.

Miró hacia los grandes ventanales tamizados por lujosos cortinajes ocres, como si pretendiera ver a través de ellos, y luego bebió.

—Bastardo —musitó.

Soltó la copa y se dejó caer en el sofá. A su alcance había un teléfono góndola, lo tomó y marcó un número.

—¿Sanders?

—Sí, Grace. ¿Sucedó algo?

—¿Qué sabes del plan «Tranquilidad»?

—Nada, pero confío en quienes lo llevan adelante.

—Quiero que ese bastardo de policía desaparezca para siempre.

Al otro lado de la línea. Sanders sonrió, complacido.

—Eso sucederá, pero será mejor que lo sepamos por los periódicos a excepción de cuando hayamos de abonar cierta cantidad por servicios prestados.

—¿El tipo del sindicato es de confianza?

—Absoluta, por eso nos avisó de lo que ese ingenierillo quería hacer.

—Maldito estúpido, le hubiéramos pagado lo que pidiese.

—No supo hablar a tiempo.

—El muy estúpido quiso denunciarnos en el sindicato para echarnos a todos los trabajadores encima y provocar un escándalo que nos hundiera.

—Pero, no contó con que el tipo del sindicato al que se dirigió era un zorro capaz de cerrar bien la boca si se la tapaban con billetes.

—Qué ingenuo ese Gimson, lo malo es que ahora está ese sargento de policía queriendo investigar por su cuenta.

—Lo eliminarán y asunto concluido.

—Que sea pronto.

—Confía en mí.

—Si fallas, búscate otro empleo, Sanders, o pide dinero a tu familia porque de mí no vas a ver un dólar.

Aquélla era la primera vez que Grace Newton le amenazaba tan directamente y Sanders quedó muy sorprendido. Colgó despacio, mirando el auricular casi atónito y entonces se dio cuenta de que las palmas de las manos le sudaban. ¿Por qué de pronto le había cogido tanto odio al sargento?

En aquellos momentos, Grace Newton se relajaba tendida en el confortable sofá, un sofá tapizado con pieles de leopardo auténticas, un sofá que podía costar cerca de los veinte mil dólares, lo que no parecía una cifra elevada para la fortuna de los Newton, dueños de la mayoría de acciones de la Lamp-Stone, la multinacional de las nucleares de plutonio.

La droga, mezclada con champaña, comenzaba a surtir efecto en el cerebro de la multimillonaria.

Notaba la acción relajante y a la vez afrodisíaca de la droga mientras su mente semejaba enfebrececer al recordar lo ocurrido en compañía del sargento Dan Hunter.

Se había dejado maquillar por una experta que además le colocó unas plumas coloreadas entre los cabellos.

Grace se había mirado al espejo sin reconocerse a sí misma. Todo se le antojaba muy exótico y excitante.

Dan Hunter la había cogido de la mano y, desnudos ambos, se introdujeron en el extraño club.

Allí nadie parecía preocuparse de nadie. Las parejas se amaban o formaban grupos de tres y cuatro en pequeñas orgías. Otros se bañaban o se acomodaban en butacas que se mecían en varias direcciones mientras escuchaban música y bebían algo preparado exclusivamente para ellos.

Uno de los techos mostraba una fantasía galáctica donde las estrellas aparecían y desaparecían con destellos luminosos. También había seis microcines donde se proyectaban continuamente filmes eróticos y en estos pequeños cines no había butacas si no mullida moqueta.

—¿Quieres que veamos un poco de cine?

—Bueno —había contestado Grace.

Al principio, la mujer trató de observar con frialdad aquel espectáculo en que se hallaba inmersa, puesto que todos los que visionaban las películas y caminaban por el club iban desnudos, pero el calor comenzó a aumentar dentro de sí y más al ver como delante de ella una pareja se amaba furiosamente, excitada por lo que estaban viendo en las pantallas.

—Vamos —le había dicho Dan Hunter sacándola de allí cuando Grace estaba deseando que Hunter la abrazara, la volcara sobre la moqueta y la besara apasionadamente.

—Como quieras —respondió, sumisa.

La llevó a un mostrador donde pidió bebida para ambos.

Grace aceptó lo que Hunter había pedido y le pareció que la bebida con sabor a naranja era muy buena, resultaba un placer introducirla en su cuerpo.

—Ven.

Volvió a seguirle. Cuando se hallaban al borde de la piscina de agua tibia donde se salpicaban hombres y mujeres, donde las risas eran la música. Hunter le pidió:

—Salta.

—¿Al agua?

—Sí.

Grace le miró con sus ojos rodeados de pintura.

Dan le atraía por lo exótico que le parecía en aquellos momentos, por lo fuerte, por lo masculino, por lo joven.

Deseaba entregarse a sus brazos sin ningún tipo de resistencia, sin inhibiciones. Lo deseaba con fuerza y, por tanto, estaba dispuesta a hacer todo lo que él le pidiera. Saltó al agua.

Se zambulló en la piscina cálida de fondo rosado donde las risas y gritos de gozo se mezclaban con los chapoteos.

Cuando emergió, se vio rodeada de rostros que no conocía, manos que se tendían hacia ella.

—¡Dan! —llamó.

Se sintió atrapada, zarandeada y no quiso resistir más. Tantos años sin amor, la hacían totalmente vulnerable en aquellos momentos.

Salió de la piscina rosada caminando a gatas mientras llamaba con voz suplicante.

—Dan. Dan, te necesito. Dan, ámame.

Dan no aparecía por parte alguna. Lo buscó por todas las dependencias del Luxury Center. Se encontró con hombres, con mujeres, todo era una orgía que se convertía en pesadilla. Escapó de varias manos que se tendían hacia ella, especialmente de dos que eran femeninas.

Pasó al vestidor, se lavó la cara y se vistió, todavía trémula.

Al salir, descubrió a Dan Hunter dentro del coche. Estaba leyendo un periódico que debía haber comprado en el kiosko que había a la entrada del recinto. Parecía muy tranquilo, la miró y después observó su reloj.

—Llevo dos horas esperando. ¿Lo has pasado bien?

—¿Has salido hace dos horas de ahí dentro? —Casi tartamudeó Grace.

—Si —respondió él con naturalidad.

—¿Sin buscarme? —preguntó ella, agudizándosele la voz.

—He visto que te divertías en la piscina y yo no soy ningún moralista. En este estado, que yo sepa, no está prohibido hacer el amor.

—Pero, pero ¿cómo has podido? Yo, yo quería...

—¿Hacer el amor conmigo? —preguntó él con una frialdad que la dejó atónita.

—Claro. ¿Es que tú no lo deseabas?

—¿Que te ha hecho suponer tal cosa? Vamos, Grace, yo no puedo acostarme con una mujer a la que no le importa atacar los cuerpos de sus empleados con radiactividad con tal de multiplicar su fortuna.

—¿Cómo dices?

—Que la Lamp-Stone asesina a largo plazo con radiactividad a quienes trabajan para ella, lo sabes muy bien. La central está mal construida con objeto de bajar precios, para aumentar la potencia eléctrica con el mínimo costo y reducir el espacio de emplazamiento. Todo perfecto, pero terriblemente mortal, ya que ese tipo de instalaciones necesitan una elevadísima protección que no habéis colocado en vuestra termonuclear de plutonio.

—Eres un hijo de perra ^silabeó muy lentamente, cargando de odio cada una de las palabras que brotaban por entre sus labios.

—No eres nada original, eso mismo ya me lo han dicho otros

antes que tú. Por cierto, muchos de ellos, por no decir la mayoría, están ahora en la cárcel, espero que tú seas la próxima. Prometo hacerte una visita cuando eso suceda, aun que sólo sea para asegurarme de que estás bien encerrada y de que nada te han servido tus influencias.

Dan Hunter hablaba con fría naturalidad, pero tenía la impresión de que Grace iba a saltar de un momento a otro sobre sus ojos para arrancárselos con las uñas; más antes de que ella pudiera reaccionar, la cogió por un brazo y la metió en el deportivo. El sargento de detectives arrancó con violencia.

Grace Newton, la poderosa multimillonaria propietaria de la mayoría de acciones de la termonuclear Lamp-Stone, no dijo nada durante el trayecto de regreso al yate, pero entre los ensueños eróticos que la embargaban, recordaba haberle dicho a Dan Hunter después de abofetearle a la vista de los servidores del vate:

—¡Te mataré!

CAPÍTULO XII

—¡Sargento Hunter!

—Hum —había respondido un tanto absorto al introducirse en las dependencias de la estación de policía.

—Le han llamado.

—¿A mí?

—Sí, por teléfono.

—¿Quién?

El agente se encogió de hombros.

—Han dejado un número telefónico para que llame.

—Dámelo.

Se encerró en su despacho, una estancia pequeña con una mesa limpia y una silla incómoda frente a ella. Marcó el número y aguardó.

—¿Diga?

—¿Usted ha preguntado por el sargento Hunter?

—Sí, soy el profesor Heliacles, el amigo de Nadia.

—Ah, sí, claro, no le había reconocido la voz. ¿Ha descubierto algo?

—He estado llamándole todo el tiempo, no le encontraba.

—Es que he estado fuera, y tengo día libre, pero me aburría en mi apartamento y he pasado por la estación de policía.

—Eso me han contestado, pero no han querido darme el teléfono privado. Me han dicho que si tenía un caso urgente podía confiar en otro oficial de detectives.

—Bueno, ya me tiene al aparato. ¿Qué ha encontrado?

—No, no, lo que quería decirle es que Nadia ha desaparecido.

—¿Nadia ha desaparecido, qué quiere decir?

—Que ha desaparecido, simplemente. He estado telefoneando y no aparece por parte alguna.

—Quizá ha salido de la ciudad.

—Por la noche estuvo hasta tarde en mi casa. Le sugerí acompañarla a su apartamento, pero me dijo que cogería un taxi. Se marchó y luego oí gritos en la calle. Salí a ver qué pasaba y vi cómo un coche se alejaba, pero como arrancando en aquel momento. No vi nada raro y me quedé pensando. Todo parecía sospechoso. Llamé varias veces al apartamento de Nadia y no respondía. Hoy la he estado buscando por todas partes y no la he encontrado.

—¿Pudo tomar la matrícula del coche?

—No, no llevaba las gafas puestas, me iba a dormir en aquel momento.

—¿No vio nada más?

—No, pero si Nadia ha desaparecido, tuvo que ser en aquel coche, estoy seguro de ello.

—¿Está seguro de que no ha ido a ninguna otra parte? Voy a movilizar todos los medios para encontrarla.

—Puedes asegurarte tú mismo, muchacho, llámala a su apartamento.

—Haré algo mejor, iré a verla. —Y colgó.

Cuando llamó al apartamento de Nadia no obtuvo respuesta a sus repetidas llamadas y optó por utilizar una pequeña ganzúa para entrar.

Como si se tratara de un ladrón furtivo, se internó en el apartamento. Todo estaba revuelto allí.

—Lo han estado registrando —gruñó para sí.

De Nadia no había ni rastro y resultaba muy difícil saber si se habían llevado algo. Por otra parte, la cinta comprometedoras en la que se hallaban todos los planos y medidas de la central, estaba en manos del profesor Heliacles.

Miró el teléfono como si a través de él fuera a recibir una llamada de un instante a otro, pero no sonó.

Abandonó el apartamento pensativo y malhumorado. En su automóvil se presentó en la estación doce donde algunos policías le reconocieron como compañero.

—¿Quién lleva el caso de la muerte del ingeniero Terry K. Gimson?

—¿El que pescaron en aguas de la bahía? —le preguntó un sargento que había sido de su misma promoción.

—Sí.

—Yo.

—Bien. Willy, ¿qué sabes de ese asunto?

—Poco, que trabajaba para la Lamp-Stone, una termonuclear con mucho futuro. No se le conocían pleitos, pero quizá se metió en un burdel y le dieron mano dura.

—Es algo más serio que todo eso, Willy —le dijo a su amigo y compañero de promoción en la academia de policía.

—¿Más serio, qué sabes tú del asunto? Por cierto, me contaron que otro policía había tratado de inmiscuirse en este caso. ¿Eres tú, por casualidad?

—Sí.

—Vaya. ¿Y ahora vienes a decírmelo?

—Verás, mi chica me contó que era amiga de ese Terry K. Gimson, es más, él estaba enamorado de ella. Cuando leyó la noticia de su asesinato, vino a pedirme ayuda.

—¿Y por qué no me la enviaste a mí? Te hubiera bastado un telefonazo para que te dijeran en la central quién llevaba este caso.

—No quería meterme en este asunto sin hacer algunas comprobaciones previas.

—¿Y las has hecho?

—Sí.

—Te voy a ser franco. Dan, este asunto está atascado. No hay pistas que seguir. Nadie ha hablado mal del muerto, no tenía dinero, no fue robado, tuvo que ser una pelea estúpida. Ni siquiera estaba fichado como drogadicto y en su aparta mentó ni es sus ropas tenía boletos de apuestas. No encuentro el motivo de su muerte.

—Willy, a mi chica la han raptado. ¿Comprendes ahora por qué he venido a verte?

—¿Seguro?

—Sí, seguro.

—No te preocupes, la encontraremos, dame su descripción.

—La buscaré yo.

—De acuerdo, de acuerdo, la buscarás tú, pero dame su descripción. En las calles de San Francisco, cinco mil ojos ven más que dos. Anda, no seas idiota y dame sus datos. Si su caso está unido al de la muerte de Gimson, me harás un favor a mi y a la ley.

Dan Hunter proporcionó al compañero de la estación doce los

datos de Nadia y una fotografía que había sacado del apartamento de la muchacha, una foto de la que sacarían copias que serían distribuidas entre los patrulleros.

Dan Hunter regresó a su estación de policía y entró casi con violencia en el despacho de su capitán.

El capitán Campbell le miró, sorprendido primero y frunciendo el ceño después.

—¿Qué pasa. Hunter?

—Han raptado a Nadia Hopper.

—¿Y quién es Nadia Hopper?

—Mi chica y a la vez, una ingeniero que sabía mucho de la Lamp-Stone.

—¿Por qué no me dice ahora que me quede quieto? ¿O va a formarme un expediente por indisciplina?

Había desafío en las palabras de Dan Hunter. El capitán, un hombre con una gran carga de experiencia en el cuerpo de policía, le dijo:

—Siéntate y tomaremos un café.

Hunter parpadeó, incrédulo.

—¿Un café? ¿Y por qué no jugamos a los chinos, a ver quién gana?

—Vamos, tranquilízate, excitado se piensa peor.

—¿Qué cree que le puede estar pasando a Nadia en estos momentos, a merced de sus captores?

—Lo que le pueda ocurrir en estos momentos no vas a poder evitarlo, de modo que siéntate y razona. Un café no te irá mal.

Dan Hunter se dejó caer en la silla. Un agente entró en aquel momento con una taza de café entre sus manos y el capitán le pidió:

—Trae tres más, el sargento y yo tenemos que hablar.

CAPÍTULO XIII

Luke mostró a Harold la sofisticada arma que se había comprado para aquella misión.

Era una pistola de gran poder, una Magnum capaz de resistir un cartucho de pólvora especial. Se le había añadido una prolongación de cañón para dar más perfección rectilínea a la salida de la bala. Con aquel alargamiento, la perfección de tiro era semejante a la de un fusil de competición, contando además con que poseía una mira telescópica de gran fiabilidad. El culatín afirmaba el apoyo a la persona que disparaba al evitar el retroceso, garantizando de esta forma un segundo o tercer disparo rápido y con grandes posibilidades de dar en un blanco apropiado.

—¿Lo has probado?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Hace dos horas, tendría que estar caliente —comentó, irónico

—. Huele el cañón, ha de oler a pólvora quemada.

Harold lo olió.

—Es cierto.

—Lo he hecho a cien millas de la ciudad para que nadie me molestara.

—¿Cien millas, seguro?

—Quien dice cien, dice cincuenta.

—Si todo lo haces igual...

—De seis disparos he acertado a cinco nickels a sesenta pasos.

—Si fallas, te van a pescar cualquier madrugada en las aguas de la bahía.

Luke sabía muy bien que Harold era capaz de cumplir su amenaza y no tenía necesidad de hacerlo él personalmente. Lo mismo Harold que quien le pagaba a éste, no tenían ni que llevar una pistola encima: ellos tenían el dinero suficiente, el poder y la

fuerza del miedo para que otros mataran por ellos y se convirtieran en sus verdugos, un verdugo como lo iba a ser en aquellos momentos el propio Luke.

—No fallaré, todo está preparado. Sólo falta su orden, Harold.

—¿De verdad están listos?

—Sí, Troy, los tiene en un coche, muy cerca del apartamento.

—¿Y la chica?

—Sola.

—Es un peligro.

—Está maniatada, amordazada y con los ojos bien tapados. ¿Qué puede hacer?

—Nunca se sabe lo que puede hacer un desesperado, en este caso una chica. ¿Y si se lanza por una ventana?

—No lo hará, le hemos dicho que si se está quieta la liberaremos dentro de dos horas. Lo que ella no sabe es lo que le espera. Los chicos son unos viciosos capaces de poner los pelos de punta al más crápula.

—¿Qué le has dicho?

—Que van a tener una sesión de droga sin límite, consumición a voluntad de cada uno.

—¿Y no te ha preguntado a cambio de qué? Porque nadie da nada por nada.

—Les he dicho que hay una chica a la que quiero que domen. Que hay que quitarle el orgullo, humillarla, eso es lo que les he pedido a cambio.

—¿Y qué han dicho?

—Les ha parecido de perlas, ya hacen planes con ella. Lo va a pasar peor que la más barata de las furcias en un atardecer de día de paga doble.

—Bien. ¿Y la pistola?

—Si te refieres a que si uno de ellos ha disparado con la pistola, te diré que sí. Al más cretino de ellos me lo he de llevar conmigo.

—Luego te acusará.

—No, ése va a recibir dosis doble de droga. Cuando lo recojan no sabrá si es de día o de noche, si es un *baby* o un viejo.

En aquel momento, sonó el teléfono que se hallaba al alcance de Harold que no parecía tener prisa en tomar el auricular.

Luke le miraba interrogante. Al fin, el hombre del sindicato,

aquel Judas que traicionaba a los afiliados, tomó el teléfono y respondió:

—¿Sí?

Escuchó una breve comunicación y colgó sin despedirse.

—Acaban de comunicarme que la presa está dispuesta. ¿Seguro que todos esos muchachos están listos?

—Sí.

—Pues ya puedes ponerte en marcha y yo haré que la presa entre en la trampa.

—¿Y si no acude? Yo he dopado a los muchachos y no olvide que en cuanto se hagan con la chica la van a dejar para el arrastre.

—Espera un momento, entonces.

—Que no sea demasiado. Esos viciosos se ponen enfermos cuando no toman la droga.

Harold se volvió hacia el teléfono y marcó un número que tenía escrito a mano en un papel.

Escuchó claramente una voz masculina y bien timbrada, una voz enérgica y decidida.

Aun en una sola palabra pronunciada, denotaba apremio.

—¿Diga?

—¿Hablo con el sargento de detectives Hunter?

—Sí. ¿Qué se le ha roto?

—Vamos, sargento, no está usted muy amable que digamos —rezongó Harold sarcástico y con la voz oscurecida para no ser fácilmente reconocible.

—¿Quién es usted, un bromista? Le advierto que molestar a la policía es un delito.

—No quiero molestarle, sargento Hunter, sólo pretendo ayudarle.

—¿Ah, sí, cómo, soplando el caballo ganador?

—No, no es el caballo ganador. Se trata de la yegua que usted seguramente quiere montar.

Dan Hunter frunció el ceño.

—¿Qué trata de decirme?

—¿Conoce a una chica llamada Nadia?

—¡Bastardo!

—Veo que ha comprendido. No trate de buscarme, jamás encontraría este teléfono.

—¿Qué es lo que quiere?

—¿Quién es?

—Sólo un amigo, si quiere que lleguemos a un acuerdo.

—¿Le paga la Lamp-Stone?

—No sé de qué me habla.

—Eso quiere decir que sí le paga la Lamp-Stone.

—Insisto, no sé de qué me habla, me gusta más el tema de la chica. Ahora le diré que sé muy bien que sería estúpido pedirle que no avise a la policía, porque usted es la policía.

—Ha dado en el clavo y yo le daré una patada en los cojones cuando lo encuentre.

—Quieto, sargento, no amenace ni diga tonterías. Es mejor que lleguemos a un acuerdo y a la chica no le pasará nada, de lo contrario la va a pescar en las aguas de la bahía, pero después de haber pasado una noche entre las manos de unos viciosos de la droga.

—Le prometo encontrarle si eso sucede, palabra que no haré otra cosa en mi vida que buscarle si cumple su amenaza porque yo también cumpliré la mía.

—Hablemos en tono de negocios, esos viciosos están a punto de meterse en el agujero en que ella se encuentra, atada y amordazada. Usted, sólo usted, puede salvarla. Si mete a sus compañeros en este asunto, ella pagará por su torpeza.

—No siga amenazando y diga lo que pretende.

—Informes.

—¿Qué clase de informes?

—Secretos.

—¿Sobre la Lamp-Stone?

—Sí.

—No sé nada.

—¿Qué le contó Gimson?

—¿No decía que no sabía nada de Lamp-Stone?

—No le demos más vueltas a este diálogo. En este delicado asunto sé que llegaremos a un acuerdo para que no se levante ninguna polvareda.

—Será difícil que lleguemos a un sucio acuerdo.

—¿Prefiere jugarse la vida de la chica?

—Aún a costa de su vida.

—No le exigiré demasiado y va a tener una sola oportunidad de negociar. Quiero informes y luego, silencio, eso es todo lo que le pido. Si se niega, dentro de una hora, la chica va a pasar por las experiencias más extrañas, dolorosas, sádicas y humillantes que haya podido imaginar. Y luego, para que jamás pueda hablar, a la bahía. Usted, que es policía, sabe que hay más cadáveres con una piedra o hierro al cuello en el fondo de la bahía de los que sería de desear.

—Está bien, veremos si se puede negociar.

—Si hay coches policiales, si huelo a bofia, la chica no se salva.

—No habrá bofia.

—Diríjase a la calle Kearny Street. Encontrará un sedán verde y blanco, modelo de hace dos años. No se entretengan en averiguar si la matrícula pertenece a alguien o no, las placas son falsas. Hay un pequeño leopardo de peluche en la bandeja, está visible.

—¿Que paso con el coche?

—Métase dentro. Si se acerca algún otro policía, me olvidaré de usted y adiós chica.

—¿Están abiertas las portezuelas?

—No. La llave del coche está bajo la rueda posterior que se halla cerca del borde de la acera, así no podrá entrar nadie antes. Estaré vigilando, no cometa torpezas.

—¿Y luego?

—Haga lo que le digo, cuanto antes, sé muy bien el tiempo que puede tardar desde donde está hasta el coche. No pierda tiempo y si veo policías, adiós chica. De usted depende, sargento.

Harold colgó. Miró a Luke y sonrió.

—¿Ves como ha sido fácil?

—¿Y si no viene?

—Acudirá, no sabe que se mete en el cepo, hay que darle un poco de teatro al asunto.

Llévate esto. Luke.

El verdugo tomó el pequeño aparato radiotransmisor y preguntó:

—¿Va a llamarme por él?

—Sí. Lo mantendrás abierto y cuando oigas mi voz diciendo «el pollo está listo para ser asado», tú envías a los chicos arriba.

—¿Y eso será muy tarde?

—¿Lo dices por sí se ponen nerviosos?

—Sí, como entrante dales unos «canutos».

—Para esos tipos, unos «canutos» son pura mierda, no sacan nada, ellos están metidos en la droga dura.

—Ya, sólo lo digo como entrante, para que esperen.

—Bueno, si es necesario les daré un canuto de aceite.

—Ahora largo y no falles, no te lo iba a tolerar. Guarda bien la artillería, no sea cosa que llames la atención.

—No hay cuidado, tengo una cajita apropiada.

Le mostró una caja de aeromodelismo.

Buen camuflaje.

Siempre pasa como un regalo para un sobrinito aficionado a los aviones, no hay cuidado sonrió Luke, satisfecho.

Harold le vio alejarse. Sacó de un cajón otro emisor-transmisor algo mayor que el que había entregado a Luke que era de plástico, blanco y de corto alcance.

Lo miró, sonrió y ya a solas, volvió a descolgar el teléfono. Marcó otro número sin que nadie pudiera molestarle. Le daba la impresión de estar jugando una partida de ajedrez múltiple contra diversos jugadores a los que pensaba ganar con facilidad.

CAPÍTULO XIV

—¿Profesor Heliacles?

—Sí. ¿Quién llama?

—Soy el sargento Hunter.

—Ah, sí. ¿Ha localizado a Nadia?

—No, pero los raptos sí han dado conmigo.

—¿Qué es lo que quieren? —preguntó, apremiante.

—Tengo mucha prisa, anótese el número que voy a darle. Dentro de diez minutos llame y diga que busquen a la ballena.

—¿Que busquen a la ballena? No entiendo.

—No es preciso que lo entienda, diga simplemente que busquen a la ballena.

—Está bien, pero un momento.

—Tengo prisa, profesor, tengo prisa por Nadia.

—Espere un momento. Lo he descubierto, lo he descubierto...

El sargento Hunter no pudo oír las últimas palabras, pues ya había colgado.

El profesor se quedó mirando el teléfono y comentó para sí mismo:

—Sí que tenía prisa. —Colgó el teléfono, miró el número anotado en el papel y dijo—: Que busquen a la ballena... En fin, si eso es lo que quiere.

Dan Hunter ya se había precipitado hacia su coche.

Lo puso en marcha rápidamente, haciendo girar las ruedas sobre el asfalto.

Rebasó a varios automovilistas y fue en busca de la Kearny Street. Una vez en ella, disminuyó la velocidad para poder ver mejor los automóviles que había cerca, descubriendo el sedán verdiblanco.

Pisó el freno. Lo observó a través de la ventanilla de su propio vehículo y al observar que en la bandeja estaba el leopardo de

peluche, siguió adelante hasta estacionar su coche.

Saltó de él y retrocedió en busca del coche señalado.

Al llegar a él, se inclinó. Oculta casi totalmente bajo la rueda posterior, encontró la llave que le costó sacar de debajo del neumático.

Abrió la portezuela con la pequeña llave y se introdujo en el auto. Quedó unos instantes quieto, a la expectativa; hasta aquel momento había seguido fielmente las indicaciones.

—Sargento, sargento, ¿puede oírme?

Comenzó a mirar alrededor. Había un cojín en el asiento, lo levantó y descubrió un walki-talky pequeño, de plástico blanco, con parte de su antena telescópica levantada.

La voz llegaba por aquel aparato de corto alcance.

—Podía haber utilizado el teléfono, ¿no?

—El teléfono puede estar intervenido, sargento, no soy ningún estúpido y como usted no sabía que se encontraría con un simple walki-talky, no sabe dónde estoy.

—Muy cerca, el aparato es de escasa potencia.

—Sí, pero aunque sea cerca, dentro de la ciudad es como encontrar una aguja en un pajar. Asómese a las ventanillas y mire alrededor la cantidad de edificios que hay.

Detrás de cualquier ventana puedo estar yo.

Hunter comprendió que lo que le decían era cierto.

—¿Qué tengo que hacer ahora?

—Póngase en marcha, sargento.

—¿En qué dirección?

—Siga recto.

—¿Y luego?

—Ya le daré más órdenes.

Hunter fue a accionar la llave de contacto, pero no la había. Pulsó el botón del emisor para hablar y preguntó:

—¿Cómo pongo este cacharro en marcha?

—En la guantera encontrará la llave de contacto.

Abrió la guantera y efectivamente, allí estaba la llave de contacto. La introdujo y le dio la media vuelta, el automóvil arrancó con facilidad, salió del estacionamiento y avanzó despacio.

En todo momento, el walki-talky se había oído con muchos parásitos. La voz no llegaba clara y por otra parte, según cómo

colocaba la antena cerca de un cristal, se oía mejor o peor.

Guiando el volante con la zurda. Hunter tomó el walki-talky con la derecha y con los dientes terminó de estirar todo el largo de la antena telescópica que como se trataba de un aparato económico, casi para juego de niños, no era muy larga. Movi6 la antena, acercándola a los diversos cristales del coche.

—Oiga, ¿qué hago ahora?

Harold volvió a responder.

—Siga adelante hasta la tercera calle a la derecha.

Mientras Harold hablaba. Hunter acercó la antena a las ventanillas del auto hasta descubrir que el aparato se oía mejor cuando la antena se acercaba al cristal posterior, por lo que dedujo que el delincuente iba en uno de los varios coches que le seguían.

Con evidente riesgo de tener un mal tropiezo con otro coche, comenzó a mirar por el espejo retrovisor a los otros coches hasta fijarse en el que tenía la antena más estirada.

Al otro lado descubrió a un hombre grueso. No podía verle mejor, el sol tenía la culpa.

Giró por la calle que le habían indicado, ahora más pendiente de lo que le decían, cuando de repente escuchó:

—El pollo está listo para el asado.

—¿Qué es lo que dice? —inquirió Dan.

—Que el pollo está listo para el asado. ¿Le gusta el pollo, sargento?

—Le cazaré, bastardo, le cazaré.

—No siga amenazando, será peor. Continúe hasta el número doscientos veinte y deténgase.

—¿Y luego? —preguntó, pulsando de nuevo el botón del aparatito.

—Se lo diré cuando llegue.

—¿Se asegura de que no vendrán más policías?

—Rece porque no aparezca ningún patrullero por la calle.

—Sería casualidad —le respondió Hunter.

Volvió a mirar hacia atrás y observó que el tipo grueso acababa de girar por la misma calle.

—Da lo mismo, yo recelaría igual y la chica saldría perdiendo.

Dan quiso jugarse el todo por el todo. Se colocó delante de un furgón en una rápida maniobra de adelantamiento. De inmediato,

quitó las llaves, detuvo el coche y por la portezuela contraria saltó al suelo ante la estupefacción y la rabia del chófer del furgón que se quedó atascado tras el coche que le había rebasado y frenado tan inesperadamente delante de él.

Comenzó a hacer sonar el claxon cuando Dan ya corría por entre los coches hasta llegar al vehículo en el que él creía que viajaba el hombre que le había estado hablando.

Se situó junto a él y le abrió la portezuela al tiempo que le mostraba el cañón de su pistola. El hombre grueso que estaba al volante inquirió:

—¿Qué es esto, un atraco?

—Sargento de policía, brigada de homicidios —le dijo Hunter, mostrándole con la zurda su documentación mientras se producía un atasco en la calle.

—¿Policía? No lo parece, y yo no he hecho nada, nada.

—Usted es el tipo del walki-talky.

—No sé de qué me habla.

—Si hace alguna tontería, le meto un plomo en el cuerpo. Vamos, salga, las manos contra el coche.

—¡Esto es un atropello! —gritó mientras se veían rodeados de coches y miradas curiosas.

—Vaya, lleva una Browning —gruñó Dan al cachearle.

—Hay que defenderse contra los atracadores.

—¿Desde dónde emitía?

—No sé de qué me habla —repitió.

—Suba.

—¿Eh, qué hace?

—Yo conduciré.

Harold, pues no era otro el hombre que quedaba arrestado, se sentó refunfuñando.

Dan Hunter puso el coche en marcha y rebasó de nuevo al furgón que seguía haciendo sonar el claxon. Delante de él, quieto, estaba el sedán blanquiverde del leopardo de peluche.

—Harold, ¿qué hago?

La voz de Luke se había introducido de pronto por el bolsillo de la portezuela. Dan metió la mano soltando el volante y mientras disminuía la velocidad, sacó el walki-talky negro.

—Vaya, sí estaba aquí.

Harold intentó huir por la portezuela opuesta, pero notó la dureza del cañón sobre su nuca.

—No me obligue a decir que tuve que disparar sobre un fugitivo.

—No, no dispare.

—Las manos atrás.

Dan detuvo el coche y le colocó las esposas.

—Está perdiendo el tiempo, hay cuatro bestias con su chica.

—¿Dónde?

—En el doscientos veintitrés, apartamento quinientos cuatro.

—Si le pasa algo, le juro que...

—Yo no puedo hacer nada, ellos están drogados.

Puso de nuevo el coche en marcha, haciendo sonar el claxon para abrirse paso.

Al llegar frente al número indicado, frenó. Cogió a Harold y le abrió las esposas, pues tenía las manos inmovilizadas a la espalda, lo que le ponía en una situación incómoda.

Harold gruñó:

—Menos mal que piensa.

Mas, cambió de opinión al ver que le colocaba las esposas alrededor del volante, imposibilitándole de escapar, a pie o en coche.

—¡Quíteme esto, quítemelo! —gritaba Harold.

Con la pistola en la mano, Dan Hunter corría ya hacia el edificio.

Subió en el ascensor, llegando frente al quinientos cuatro. Pegó su oído a la puerta, oyó voces y disparó contra la cerradura. Abrió la puerta de un patadón, irrumpiendo en el apartamento.

Nadia estaba allí, medio desnuda ya, con la boca tapada y las manos atadas.

Los ojos sí le habían sido descubiertos y en torno a ella, cuatro salvajes drogados.

—¡Todos al suelo! —gritó Dan.

Sin embargo, estaban demasiado drogados para obedecer y tomó la inmediata resolución de atacarles con contundentes golpes de karate, arremetiendo primero contra los que estaban cogiendo a Nadia.

En un instante, se puso frente a la ventana abierta.

Uno de los drogadictos le lanzó un puñetazo torpe que falló al esquivarlo Hunter, en el preciso momento en que un espejo barato,

colgado de la pared, se hacía añicos.

A Hunter le llamó la atención. Miró hacia el espejo y en la pared descubrió el orificio de una bala, lo que le obligó a girar en redondo hacia la ventana mientras uno de los drogadictos se tiraba al suelo y recibía una patada en la boca.

Dan Hunter vio entonces el edificio del otro lado de la calle. Una ventana estaba abierta.

Descubrió el brillo de una mira telescópica y, sin dudarlo, disparó tres veces seguidas.

Las detonaciones hicieron gritar a los viciosos. Dos de ellos salieron corriendo, tropezando. Los otros dos quedaron tendidos en el suelo corriendo, tropezando. Los otros dos quedaron tendidos en el suelo a causa de los golpes recibidos.

Nadia, que se había puesto a un lado, suspiró de alivio al ver que Dan había previsto la situación. El la liberó de las ligaduras y le quitó la mordaza.

—Dan, Dan... —sollozó Nadia mientras en la calle aparecían cuatro automóviles policiales.

Los dos fugitivos fueron cazados nada más irrumpir en la acera al abandonar el edificio.

—Nadia, esto toca a su fin —le dijo, abrazándola.

EPÍLOGO

El capitán Campbell, descamisado y visiblemente agotado, salió al corredor. Allí se encontró con Dan. Lo miró, le puso la mano en el hombro y dijo:

—Disculpa lo que te dije, todos tenemos un mal día.

—¿Ha confesado?

—Sí, han confesado los dos, el herido y ese tipo del sindicato, buenos se van a poner todos cuando sepan que tenían un traidor y bien cebado. También hemos cazado a un exboxeador conocido por Troy. Ése fue el que mató al ingeniero Gimson. Tuviste suerte de herir al que tenía que matarte desde el otro lado de la calle.

—¿El tal Harold ha dado nombres?

—Sí. Grace Newton y Sanders, aunque éstos son peces gordos que se defenderán con uñas y dientes gracias a sus millones.

—No creo que se libren de la cárcel y aunque se libran, su termonuclear de plutonio, que no tiene los controles necesarios, se ha ido a la mierda.

—Y que lo digas. Si ha de haber una termonuclear, que sea con todas las garantías de seguridad y sin que los trabajadores puedan ser víctimas de la radiactividad.

—Querían ganar dinero rápido y fácil ahora que el petróleo está cada día más caro.

Menos mal que el profesor ha podido demostrar que los planos presentados para la aprobación del gobierno no coinciden con los planos de construcción, se aprobó una cosa y ellos han hecho otra. Creo que eso sí les puede llevar a la cárcel, ¿no?

—Sí, y el inspector que se dejó sobornar para decir que la construcción cumplía todas las normas, también. Por lo menos, ya nadie se va a fiar jamás de la Lamp-Stone, multinacional de las termonucleares de plutonio a gran potencia.

—Capitán, ha sido un buen trabajo, menos mal que yo llevaba

encima el pitido por el que me seguían los coches de los compañeros.

—La verdad es que cuando llegaron, tú solito habías hecho ya todo el trabajo. —Le palmeó la espalda y agregó—: Buen trabajo.

Dan Hunter salió de la estación de policía. Nadia le esperaba a bordo de su automóvil.

—Te voy a llevar a un lugar que...

Miró hacia el asiento posterior y encajado en él descubrió al profesor Heliacles que sonriendo bonachonamente dijo:

—Le voy a explicar en qué consisten las ecuaciones de la dinámica de las radiaciones gamma atravesando los paneles de...

—Un momento, profesor, un momento. Corra, corra, ahí afuera...

—¿Qué pasa?

—He oído decir algo del premio Nobel, corra, corra, busque un periódico...

—¿Sí? Voy, voy.

Saltó del coche y cuando ya estaba en la acera, Dan arrancó con violencia, alejándose.

—Que lo zurzan con sus ecuaciones...

Nadia se echó a reír, sacó la mano por la ventanilla y dijo adiós al desconcertado profesor.

FIN

Las mejores novelas de



MARCIAL LAFUENTE

ESTEFANIA

el mundialmente famoso autor,
pueden saborearse en las
COLECCIONES

CENTAURO y OESTE LEGENDARIO



¡No se pierda **AHORA** la
oportunidad de leer estas
primeras ediciones, en las que
cada título es un vendaval
de emoción!

Asegure su ejemplar

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.



Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA 45 PTAS.

